



la chica de las manos de hada

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**LA CHICA
DE LAS MANOS
DE HADA**

Colección PUNTO ROJO n.º 363

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 5.462 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1969

© CLARK CARRADOS - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

CAPÍTULO PRIMERO

Bien mirado, no se podía decir que la chica poseyera la esbeltez de una sílfide ni que por su cara fuese a ganar el título de *Miss* Mundo apenas se lo propusiera. La verdad es que, en el sentido estricto de la palabra, no era una belleza.

Ahora bien, tampoco se puede afirmar que fuese fea. Todo dependía de los ojos que la miraban. Yo la vi alta, con hombros anchos, corpulenta, pero con una cintura bastante delgada y de piernas largas y firmes, pero en modo alguno paquidérmicas. En resumen, era una muchacha robusta, no un marimacho ni mucho menos.

El pelo, hablando sinceramente, no era como para ganar un concurso de peinados; castaño oscuro, más bien corrientito, aunque cuidado, sedoso y brillante. Cuando le vi los ojos, pude darme cuenta de que nunca había visto unas pupilas tan claras y tan expresivas. Este detalle confería a su cara un singular atractivo.

¿Y sus manos? Largas, finas, de dedos sensitivos, con uñas sumamente cuidadas, de piel blanquísima... Eran manos de hada, sí, señor, pero como es lógico suponer, las hadas no viven en una populosa ciudad de más de un millón de habitantes —que no hay por qué nombrar—. Por tanto, aquellas manos sólo significaban una cosa: su dueña era destacada intérprete de un instrumento musical.

Así la vi yo la primera vez por la acera de la avenida Atlántica. Iba mirando a las casas, pero no con la curiosidad del que se queda pasmado al llegar a una gran ciudad, sino con la curiosidad del que busca algo.

Ella me agradó, lo digo sinceramente. Hay cosas que atraen más que la belleza pura. Y como me di cuenta de que buscaba algo y no daba sensación de encontrarlo, me dispuse a ayudarle.

Alguien se me anticipó, sin embargo. Un coche de color gris se detuvo junto a la acera y de él desembarcaron dos individuos de

chaquetas a rayas y camisas oscuras, con corbata clara los dos. Sendos sombreros de color marrón claro, con cintas colorinescas, cubrían sus cabezas.

El aspecto de los tipos era poco agradable a la vista, en especial uno de ellos a quien inmediatamente encontré apodo. Su cara era muy brillante, pero no sólo por el sudor. La grasa parecía manar por todos los poros de su piel y eso que no era muy gordo. En el acto le llamé «Seboso».

La chica de las manos de hada caminaba lentamente por la acera cuando se le acercaron los fulanos. «Seboso» parecía insistir.

La muchacha negó con la cabeza. También ella tenía su propio criterio.

—No —vi que movía los labios en una rotunda y lacónica negativa.

Entonces, el otro tipo pasó al otro lado y le cogió el brazo. Ella se revolvió furiosamente y le asestó la más hermosa bofetada que he visto en los días de mi vida.

El hombre dio dos vueltas sobre sí mismo y chocó contra un indignado transeúnte, quien lo repelió de un empujón con ambas manos. Mientras, «Seboso» había agarrado la muñeca izquierda de la chica.

Ella empleó ahora otro truco. Levantó la mano derecha y agarró la nariz del tipo, pegándole un par de sacudidas que le arrancaron un chillido de dolor. «Seboso» la soltó para dedicarse a una profunda atención de su maltratado apéndice nasal.

Mientras, el segundo individuo volvía a la carga, todo ello en medio de la estupefacción de los transeúntes que no comprendían muy bien lo que estaba sucediendo. Tal vez muchos pensaban que se rodaba algún episodio de aventuras para la televisión.

La chica de las manos de hada dio media vuelta y se metió corriendo en una tienda de alimentación que había al lado. El sujeto corrió tras ella y desapareció también en el interior de la tienda.

«Seboso» corrió tras ellos. Yo me acerqué a la puerta a ver qué pasaba. De pronto, vi que la chica se dirigía hacia la salida a todo correr, empujando un carrito de esos que sirven para transportar la compra.

En aquellos momentos, el carrito no contenía artículos alimenticios, sino una persona. «Seboso» viajaba dentro, braceando

y perneando frenéticamente, en medio de las risas de la gente y los denuestos de los empleados de la tienda.

El carrito asomó a la calle. Detrás, a cinco metros, venía el amigo de «Seboso».

Ella empujó con todas sus fuerzas. Había que ver cómo chillaba «Seboso» quien, sólidamente encajado en el carrito, no podía salir sin ayuda. El vehículo cruzó la acera como un obús y saltó al arroyo.

Un coche frenó en seco para no atropellar al carrito, cuya marcha parecía no tener fin. Cerca de allí sonó un pito policial.

Yo creo que allí ocurrió un milagro. De otro modo no se explicaba que el carrito atravesase por completo la ancha avenida sin ser atropellado por ninguno de los numerosos vehículos que transitaban a tales horas. Los autos frenaban con agudos chillidos, se desviaban para chocar entre sí, aceleraban para evitar el atropello... pero «Seboso» y su carrito atravesaron la avenida.

Sin embargo, «Seboso» no alcanzó la otra acera. Un guardia le salió al encuentro, pitando ensordecedoramente, congestionado por la rabia. El carrito le alcanzó de lleno y los dos hombres rodaron por tierra, en medio de una algazara imponente.

Todo esto ocurrió en muy pocos segundos, en muchísimo menos tiempo de lo que se emplea para contarlos. Entretanto, el otro tipo estaba a punto de dar alcance a la muchacha.

Ella se detuvo de pronto y le hizo un hábil quiebro con el cuerpo. Luego se revolvió y de nuevo volvió a usar su mano derecha con tan devastadores resultados.

El sujeto dio dos vueltas sobre sí mismo, así como suena. El impulso recibido era demasiado fuerte y el hombre entró como una flecha en la tienda.

Medio segundo después, se oyó un estruendo impresionante. Asomé la cabeza con precaución y pude ver una catarata de botes de conserva que se desplomaban de las estanterías sobre el sujeto caído en el suelo.

Me quedé boquiabierto. Vaya con la chica de las manos de hada. Cuando quise buscarla con la vista, había desaparecido.

Dos noches después, fui a un concierto.

No es que sea muy aficionado a la música. Me gusta de una manera corrientita, sin melomanías exageradas.

Y si fui a ese concierto se debe a que un amigo mío, crítico musical, me dejó su invitación.

El hombre me la dio, a la vez que regaba de lágrimas mi hombro izquierdo y me suplicaba que fuese yo en su lugar, recordándome los inmensos favores que me había hecho en la guerra.

—¡Pero si ninguno de los dos hemos estado en la guerra! —exclamé.

—¿Y la vida de hoy día? ¿No es una guerra tan dura, cruel y despiadada como la que se libra en los arrozales del Vietnam? Aquellos veinte dólares que te presté cuando no tenías más que pelusilla en los bolsillos de tu traje, ¿no equivalen a haberte salvado de una emboscada de los guerrilleros? ¿Y aquella otra vez en que te invité a comer y tenías el estómago tan vacío que los trozos de pan hacían ruido al caer dentro de él?

—Basta —dije indignado—. No sigas. La guerra puede ser dura, pero es menos que tu cara. Iré en tu lugar al concierto, pero ¿qué diablos puedo decir yo, que no soy crítico musical y sí solamente un escritor como hay muchos de novelas de ciencia-ficción?

—No se necesita ser crítico musical para hacer la crítica de un concierto —contestó mi amigo con desfachatez—. Basta con que digas cuatro lugares comunes: pureza de sonido, exacta definición de los matices tonales, ajuste de los tiempos musicales, expresividad del intérprete, justeza en la elección de las obras adecuadas a sus características personales... Luego si añades que el público expresó su contento con numerosos aplausos... y ya está.

—Eso sí que será una obra de ciencia-ficción —dije con un gruñido—. Bueno, ¿y qué orquesta es la que da el concierto?

—No es una orquesta, sino un solo individuo. Una mujer, más exactamente.

—Piano.

—Arpa.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¡Arpa! —gemí.

Mi amigo desapareció antes de que yo pudiera expresarle el afecto que sentía hacia él, tirándole a la cabeza un valioso jarrón. Y allí me quedé yo con su pase, dispuesto a soportar la medieval tortura de tragarme todo un concierto de arpa.

Pero los amigos son los amigos y no me quedó otro remedio que

ir al concierto. Era, por supuesto, una sala de dimensiones reducidas, con capacidad, a lo sumo, para doscientas cincuenta o trescientas personas.

Todas las localidades estaban ocupadas. Los preliminares se desarrollaron como en todos los sitios y, al fin, un sujeto, adelantándose al telón, hizo una somera presentación de la artista, recién regresada, según dijo, de Munich, en cuyo Conservatorio de Música había obtenido las más altas calificaciones en su especialidad instrumental.

—Y ahora, distinguidas damas y caballeros —concluyó el presentador—, escuchemos a la gran Angelika Rheinen en el Concierto para Arpa, Opus 219, de Mozart.

Las cortinas se descorrieron. El arpa apareció sobre un fondo de cortinas negras. Casi en el mismo instante, Angelika Rheinen hizo su aparición.

Creí que me quedaba sin aliento. Aquella hermosa mujer, ataviada con un vestido largo de color rosa pálido... ¡era la chica de las manos de hada!

Yo lo había acertado: unas manos tan bonitas y tan finas sólo podían pertenecer a una artista de la música. Pero ¡qué bofetadas propinaban, cielo santo!

Si uno se fijaba bien, advertía que los brazos resultaban un tanto robustos y escasamente esbeltos, pero eso, que en otra mujer, habría resultado insoportable, estéticamente hablando, quedaba muy atenuado en Angelika debido a su elevada estatura.

Y también, todo hay que decirlo, al arte que derrochaba en la ejecución de las obras de que se componía el concierto.

Lo que se perdió mi amigo. El final de cada obra fue saludado con tremendas ovaciones. Los «bravos» atronaban el reducido ámbito de la sala. El delirio, vamos.

Ligeramente sonrojada, feliz y dichosa, Angelika correspondió graciosamente a los aplausos. En aquellos momentos, era fácil adivinarlo, estaba recibiendo el premio merecido a largos años de constancia y tesón. Uno puede nacer artista, desde luego, pero si no trabaja duramente años y más años, sus facultades no se desarrollarán.

Angelika tuvo que recompensar al auditorio con un par de obras de propina. Cuando inició la que parecía iba a ser la última, me

levanté de mi butaca.

Un impulso irresistible me llevaba a tratar de entablar conocimiento con ella. Salí del teatro, di la vuelta al edificio y me metí en el callejón que conducía a la puerta de artistas.

Entonces divisé un coche estacionado a muy poca distancia de aquella puerta. El rumor de los aplausos, aunque muy atenuado, llegaba hasta la calle.

Dos hombres se separaban en aquel momento del vehículo y se dirigían hacia la puerta de artistas. El chorro de luz que salía por el hueco les dio de lleno en la cara.

Sentí como un golpe en el pecho. Acababa de reconocer a los dos individuos.

¡Eran el «Seboso» y su amigo!

Los mismos que habían intentado secuestrar a Angelika con tan desastrosos resultados. Ahora, por lo visto, iban a intentar repetir la misma operación.

Desaparecieron de mi vista. Perplejo, me quedé unos segundos inmóvil sin saber qué hacer.

CAPÍTULO II

Mi interés, lógicamente, se centraba en evitar el rapto de Angelika Rheinen, porque que se trataba de un rapto podía verlo hasta el más tonto. Y ahora, los dos sujetos, advertidos de la clase de enemigo con el que tenían que enfrentarse, no marrarían su golpe.

Yo iba desarmado. Sé manejar una pistola, por supuesto, pero de ahí a llevar una constantemente encima de mí, hay mucha diferencia. Y estaba seguro de que los dos rufianes iban armados.

De pronto me fijé en su coche.

El instrumento del secuestro. ¿Adónde se la iban a llevar?

A ninguna parte, me dije, dando la vuelta al vehículo para situarme por la parte de la calzada.

Me arrodillé y deshinché la rueda delantera izquierda. Luego hice lo propio con la rueda posterior. Hecho esto, me situé junto a la puerta a esperar, con un cigarrillo pendiente de los labios.

Angelika y sus raptos salieron a poco. Ella iba en medio, pálida y furiosa. «Seboso» llevaba en una mano metida en el bolsillo izquierdo. Su actitud resultaba inequívoca.

«Seboso» abrió la portezuela trasera. Angelika entró en el coche, constreñida a ello por la amenaza del arma que, seguramente, le habría sido mostrada con discreción.

El otro se sentó tras el volante. Dada la posición del coche, ninguno se había percatado aún de que tenía dos neumáticos sin aire.

El rufián dio el contacto y quiso arrancar. El auto se movió a saltos, crujiendo, estremeciéndose, con unos movimientos muy extraños que impelían a la risa. El conductor paró el motor y se apeó.

—¿Qué pasa, Jack? —preguntó «Seboso» a voces.

El que se llamaba Jack soltó una maldición.

—Tenemos dos ruedas sin aire —contestó.

«Seboso» maldijo también.

—Busca un coche, pronto —ordenó de mal humor.

Jack echó a correr hacia la salida del callejón. Entonces, yo me acerqué al coche.

—Salga de ahí con las manos en alto o le frío a balazos —dije, con voz truculenta.

«Seboso» me miró. Yo llevaba el sombrero oscuro muy echado sobre los ojos y tenía la mano derecha metida en el interior de mi chaqueta, como si me dispusiera a sacar una pistola que no tenía.

Él sí la tenía, pero se encontraba en desventaja conmigo. Angelika me dirigió una mirada llena de extrañeza.

—No tema, señorita Rheinen —dije—. Sólo pretendo librarla de estos pájaros de mal agüero. ¡Vamos, tú, sal de ahí!

«Seboso» obedeció, temblando de rabia. Angelika le siguió.

—No sé quién es usted, caballero —dijo—, pero cuente con mi agradecimiento eterno.

—No podía permitir que cayera en manos de estos rufianes —contesté—. Tú, «Seboso», media vuelta y apoya las manos en el coche.

El hombre obedeció. Le quité la pistola y luego le asesté un golpe con el arma en el lado derecho de la cabeza.

Sus rodillas se doblaron. Me bastó empujarle con el pie para lanzarle dentro del automóvil.

—Venga conmigo, señorita Rheinen —dije—. Tengo mi coche a poca distancia. La llevaré adonde usted me indique.

Ella no se hizo de rogar. Recogiéndose ligeramente la larga falda de su traje de concierto, corrió a mi lado.

Jack apareció de pronto cuando ya alcanzábamos la esquina. Su sorpresa fue enorme al ver a Angelika en compañía de un desconocido.

Angelika reaccionó vivamente y le dio una de sus ya clásicas bofetadas. Jack vaciló y yo lo rematé con un derechazo al estómago que le hizo caer de rodillas, desinteresado en absoluto de cuánto ocurría a su alrededor.

Agarré la mano de Angelika y continué corriendo. Al llegar a la acera fuera del callejón, moderé mi paso.

—¿Adónde quiere que la lleve? —pregunté.

Ella me dirigió una escrutadora mirada.

—A mi hotel, no, desde luego —contestó—. Ellos volverían a intentar mi secuestro.

—Buscaremos otro hotel...

—¿Es usted casado? —preguntó Angelika.

—No, desde luego.

—Entonces, lléveme a su casa.

Me quedé atónito.

—A mí... casa... —repetí.

—¿Tiene miedo de mí? —preguntó con burlona sonrisa.

—Por supuesto que no... Está bien, venga, señorita Rheinen.

Pronto estuvimos en mi coche. Entonces, ella dijo:

—Todavía no conozco su nombre.

Hice una mueca que quería parecer una sonrisa.

—No es muy bonito que digamos, pero es el mío y... Bien, me llamo Groff, Sim Groff —contesté.

—Mucho gusto, señor Groff. Usted ya me conoce a mí, ¿verdad?

—En efecto. Usted es Angelika Rheinen, la chica de las manos de hada.

Ella se echó a reír incontinentemente.

—¡Manos de hada! —exclamó—. ¿Ha visto usted la bofetada que le pegué a Jack?

—Sí —respondí—. Y también, el otro día, la vi en el más sensacional reparto de bofetadas que he presenciado jamás.

—Como no es cantante, puede tomar impunemente una copa, sin temor a que se le estropee la garganta —dije, al mismo tiempo que le entregaba un vaso alto, mediado de escocés con unos cubitos de hielo—. Así que acaba de regresar de Europa.

—En efecto. He permanecido allí, perfeccionando mi técnica artística. El arpa es un instrumento que me gusta.

—Y lo toca usted como los ángeles. Esa *Gaviota* de Mozart ha sido todo un poema.

—¿Es usted crítico musical?

—Soy amigo de un crítico musical y, aunque cuando me hizo ir en su sitio, le maldije a él y a sus antepasados hasta la séptima generación, ahora, el día en que le vea, besaré sus pies.

Angelika se echó a reír. Era una risa franca, sincera, sin

dobleces.

De pronto se puso sería.

—Pero mi problema subsiste —dijo.

—¿Cuál es su problema? —pregunté—. Todavía no sé por qué querían raptarla.

—A mí también me gustaría saberlo —contestó ella—. Sin embargo, creo que se trata de algo relacionado con mi tío Oscar.

—Bueno, la solución es sencilla. Vaya y pregunte a tío Oscar...

Angelika meneó la cabeza.

—No puede ser, señor Groff —contestó.

—¿Por qué, señorita Rheinen?

—Tío Oscar murió hace dos años.

—Vaya —murmuré—. Las cosas se complican. Sus padres, tal vez...

—Mi padre es diplomático y está ahora en Turquía. Mi madre, naturalmente, le acompaña.

—Así, pues, está sola aquí.

—Justamente, señor Groff.

Me acaricié la mandíbula, perplejo.

—Bueno, pues si tío Oscar está muerto y sus padres se encuentran a miles de kilómetros... tal vez alguna otra persona lo sepa. ¿Un amigo de tío Oscar? —sugerí.

Angelika reflexionó durante unos segundos.

—Quizá Buddy Ecknor —respondió al cabo.

—¿Quién es Ecknor? —pregunté.

—Un amigo de tío Oscar, claro.

—Ya lo sé, pero ¿qué es lo que hace? ¿Sabe usted dónde vive?

De nuevo se puso la chica a reflexionar.

—La última vez que le vi vivía en una casa aislada en el campo, a siete kilómetros al sudoeste de la ciudad. No sé si se habrá cambiado de domicilio, porque ya le he dicho que hace cuatro años que falto de aquí...

—No importa. Mañana iremos a verle. Ecknor nos dará una pista acerca de los motivos de su secuestro. Ahora es demasiado tarde y usted debe descansar. Le enseñaré mi dormitorio; allí podrá ponerse un pijama.

Sonreí mientras hacía una corta pausa.

—Yo adoptaré la solución clásica: dormiré en el diván de la

salita.

—Me siento muy afligida por causarle tantas molestias, señor Groff —dijo ella.

—Y yo me siento encantado de ayudarla —dije—. ¿No desconfía de mí?

Ella movió la cabeza.

—Presiento que es usted un hombre decente, señor Groff —contestó—. En cambio, esos tipos...

—Usted es una chica valiente. La vi el otro día repartiendo bofetadas... Nadie diría que es capaz de derribar a un hombre con esa mano tan delicada.

—Es apariencia pura —contestó Angelika—. Siempre fui una chica muy fuerte. Además, me gusta el ejercicio físico y no lo he descuidado nunca, ni siquiera durante mis estudios... mejor dicho —rió alegremente—, en las horas que me dejaban libres mis estudios.

—Hay que ver —murmuré—. Una chica como usted... y le gusta tocar el arpa.

—Me aficioné a ella desde niña. Teníamos una en casa y...

—Sí, claro, es como el chiquillo que encuentra una caja de lápices de colores. Empieza a pintar, a pintar... y acaba en un maestro de la pintura.

—Justamente. El arpa que uso ahora es nueva, importada de Alemania, pero todavía conservamos el arpa que fue de mi abuela. Mi madre también la tocaba, aunque luego lo dejó.

—Usted fue más constante. Los aplausos que he oído esta noche así lo prueban.

Angelika enrojeció ligeramente.

—No he alcanzado todavía mi meta —contestó—. Deseo dar conciertos en las más importantes salas del país, aunque soy lo suficientemente sensata para darme cuenta de que las cosas deben llegar por sus pasos contados.

—Así será, sin duda alguna —afirmé solemnemente—. Venga, le enseñaré su dormitorio. Mañana, sin embargo, necesitará cambiarse de ropa.

—Mi equipaje se quedó en el Hotel Baltimore —dijo ella—. Telefonaré para que me envíen aquí una maleta con ropa.

—¡No lo haga! —exclamé vivamente.

—¿Por qué? —se extrañó Angelika.

—Esos tipos, los que pretendían secuestrarla, deben de conocer sin duda su alojamiento. En cambio, a mí no me conocen.

Angelika sonrió.

—Comprendo —dijo—. Irá usted.

—En efecto —admití.

—Es extraño —habló Angelika—. Usted y yo no nos hemos visto jamás, nunca hemos oído hablar el uno del otro... y, sin embargo, usted quiere ayudarme... y yo confío en usted. ¿Hay alguna explicación lógica para esto, señor Groff?

—Quizá la encontremos algún día. Por ahora, creo que no debe preocuparnos eso demasiado. En todo caso, los motivos del secuestro, de los que sólo conocemos cierta relación con tío Oscar, ¿no es así?

—Exactamente, señor Groff. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Rheinen.

Por la mañana, me despertó cierto sabroso olorcillo a café, huevos y tocino frito. La voz de Angelika sonó a poco, entonando una vieja balada.

Aquello era la gloria, me dije. Lástima que ella desaparecería pronto de mi vida y yo volvería a quedar en mi piso solitario y vacío de todo calor femenino.

Angelika se asomó a poco al salón.

—El desayuno estará dentro de diez minutos —anunció.

—Voy al baño inmediatamente —dije, a la vez que saltaba del sofá al suelo.

Fui puntual. Resultaba un tanto chocante ver a la chica de las manos de hada servir los platos con el traje de concierto, pero no podría cambiarse de ropa hasta que yo hubiese vuelto del hotel.

Al terminar, me puse en pie. Angelika me dijo:

—Ya he avisado a la recepción del hotel. Maisie, la camarera de mi cuarto, se encargará de prepararle una maleta con lo más corriente.

—Supongo que no habrá dicho que está en mi casa —exclamé alarmado.

—¿Por quién me toma? —sonrió—. Me limité a indicar que estaba con unos amigos, sin entrar en más detalles. Dije solamente que después de mi concierto nos fuimos a su casa a celebrarlo y que

estaría con ellos unos días.

—¿Es que no tiene concierto hoy?

Angelika meneó la cabeza tristemente.

—El teatro tiene todas las fechas ocupadas. Sólo tenía libre la noche de ayer... y eso porque hicieron la limpieza durante el día.

—Vaya —resoplé—. Sí que fueron considerados; dedicarle el día de la limpieza. Algún día le suplicarán de rodillas que elija usted misma las fechas.

—Sí, pero mientras tanto, no tengo más contratos para otros conciertos —se lamentó la chica.

Esto era una cosa en la que yo no podía ayudarla, así que me dispuse a salir hacia el Hotel Baltimore.

CAPÍTULO III

Un sujeto relamido y atildado, con una flor blanca en el ojal de una chaqueta impecable, me atendió en la recepción del hotel y me dijo que no tenía la menor noticia de la llamada de Angelika.

—Me extraña mucho —dije—. Ella misma ha telefoneado aún no hace media hora...

—*Lo* siento, señor —contestó el tipo—. Temo que se equivoca usted.

Miré al recepcionista con suspicacia. Angelika parecía una muchacha equilibrada. No creía, por tanto, que me hubiese mentido en una cosa que, bien mirado, tenía tan poca importancia.

—Está bien —dije al cabo—. Quizá ha sido un error por mi parte.

—Lo siento mucho, señor —murmuró el individuo.

El vestíbulo era sobradamente grande para que yo pudiera desaparecer sin que aquel hombre me viera. Busqué una cabina telefónica y llamé a mi propia casa.

La voz de Angelika sonó a poco en mis oídos.

—Groff —dije.

—Hola —contestó ella—. ¿Pasa algo?

—¿Está segura de que comunicó con el Hotel Baltimore y que pidió a una tal Maisie que le preparase una maleta con ropa? —pregunté.

—¡Señor Groff! —protestó Angelika indignada.

—Está ocurriendo algo que no me gusta nada. El recepcionista ha negado haber recibido su llamada.

—La hice, se lo aseguro.

—Está bien, señorita Rheinen. ¿Cuál es el número de su habitación?

—Ciento siete, señor Groff.

—Eso es todo. Gracias... y no se mueva de ahí para nada.

—Entendido, señor Groff.

Colgué el teléfono. Salí de la cabina y atisé a través de unas plantas artificiales.

La recepción estaba en el lado opuesto del vestíbulo. El sujeto que había negado la llamada de la artista se hallaba en aquellos momentos muy ocupado atendiendo a unos clientes.

Atravesé el vestíbulo oblicuamente y me dirigí a los ascensores. Momentos después, asomaba en el corredor del piso décimo.

La habitación ciento siete estaba relativamente cerca. El recepcionista no quería que yo subiese a ella. ¿Por qué?

Abrí la puerta poco a poco. Un gruñido de rabia llegó a mis oídos.

—Aquí no hay nada, tú, Roy —dijo una voz que me pareció vagamente conocida.

—Mira en el *secretaire* —contestó otro hombre.

—Hombre, pero ¿es que tú crees que ha podido esconderlo en un mueble que sólo sirve aquí de adorno?

—¡Mira en el *secretaire*, te digo! —exclamó el otro sujeto de mal talante.

—Está bien, si insistes...

Asomé la cabeza. La habitación ciento siete era en realidad un conjunto de tres: saloncito, dormitorio y baño. A pocos pasos de la puerta, vuelto de espaldas a ella, un tipo se encargaba de registrar los cajones de una mesita de escribir.

En el otro lado se oían ruidos. Pisando de puntillas, me acerqué al tipo y le puse el dedo en la espalda.

—Una sola voz y te dejo seco —murmuré.

Era «Seboso». De nuevo volvíamos a encontrarnos.

El tipo se puso rígido. De pronto, empezó a volverse para atacarme.

Su acción me cogió por sorpresa. Retrocedí un paso, a la vez que levantaba instintivamente los brazos para protegerme.

Pero «Seboso» no pretendía enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo. Más práctico, sacó una pistola.

Yo me di cuenta de sus intenciones y decidí pasar al contraataque. Agarré con ambas manos su muñeca derecha y tiré con fuerza, a la vez que bajaba la cabeza.

El resultado fue que la nariz de «Seboso» se estrelló contra mi

frente. Lanzó un rugido de dolor y se tambaleó.

La verdad, no soy un luchador. Lo que pasa es que mido casi un metro noventa y peso ochenta y ocho kilos. Y esto se nota a la hora de repartir leña.

Mi segundo golpe le hizo desinteresarse de las cosas terrenales. Cayó, en el mismo momento en que Jack, atraído por el ruido, hacia su aparición en la puerta del dormitorio, provisto de un pistolón del tamaño de una pieza de artillería.

La pistola de «Seboso» yacía en el suelo. No tenía tiempo de recogerla.

Y en cuanto a la que les había arrebatado la víspera, en el callejón del teatro, estaba bajo los cojines del sofá de la sala de mi casa.

—Sí, señor, levantaré las manos —dije, antes de que Jack me invitara a hacerlo.

El pistolero se acercó y me hundió la pistola en el estómago.

—¿No nos hemos visto antes? —preguntó.

—En todo caso, dispara, porque si nos volvemos a ver, dejarás de vivir para siempre —contesté con aire truculento.

Jack pareció impresionarse.

—¿Quién eres tú? —me preguntó.

—Sim Groff. Pertenezco a la banda de Mackay, el «Ametrallador». A mí me llaman el «Granadero». Me gustan mucho las bombas de mano; lo que pasa es que no suelo llevar ninguna encima cuando voy a los hoteles de lujo.

—Nunca he oído hablar de Mackay el «Ametrallador» —confesó Jack.

—Entonces, será mejor que te largues de la ciudad, porque lo próximo que oirás de él será el tableteo de su pistola ametralladora.

—Estás hablando de boquilla —gruñó—. ¿A qué diablos has venido a esta habitación?

—¿Te importa mucho?

Hubo una pausa de silencio. Luego, de pronto, Jack retrocedió un paso y dijo:

—Contesta o disparo.

—Harás demasiado ruido. No te atreverás a matarme aquí.

¿De dónde había sacado yo el valor? Soy fuerte y robusto, lo reconozco, pero jamás me había metido en jaleos de semejante

índole. El caso es que me sentía completamente tranquilo. Jack estaba mucho más impresionado que yo.

—Maldita sea —gruñó entre dientes, pues había visto que yo tenía razón—. De todas formas, tengo medios para obligarte a hablar.

Y saltó hacia mí, blandiendo su pistola, con ánimo de golpearme la cabeza.

Yo levanté ambas manos y le agarré el brazo, sacudiéndoselo con terrible fuerza. No sé nada de lucha, ni de judo ni de karate, pero hay cosas que se conocen por instinto.

El cuerpo del pistolero saltó varias veces, subiendo y bajando, a fin de seguir a su brazo y no separarse de él. Al fin, cuando vi que la pistola caía de sus dedos, le solté.

Jack quiso pegarme. Me pegó, lo reconozco.

Pero no pudo repetir el golpe. Yo también le di mi respuesta. ¡Y qué respuesta!

Seguramente, creyó que se iba a partir en dos cuando le clavé el puño en el estómago. Puede que no fuese un golpe científico, pero llevaba la potencia de la coza de una mula.

El resto fue fácil. Otro golpe, éste más suave, dirigido a su nuca, acabó con su resistencia.

Recogí las dos pistolas. A este paso, me dije, iba a convertir mi piso de soltero en arsenal.

Pasé al dormitorio. Como me lo figuraba, estaba tremendamente revuelto.

Maisie estaba allí. Sentada en una silla, con la boca tapada por un pañuelo y atada con los cordones de las cortinas. La chica me miró asustada cuando le quité la mordaza.

—Señor...

—No tema, Maisie —dije benignamente—. Porque me figuro que usted es Maisie.

—Sí, señor.

—Cuénteme, ¿qué le ocurrió?

—Estaba aquí, preparando una maleta con ropa... Entraron esos dos tipos, me amenazaron con sus pistolas y me ataron a la silla... Luego se pusieron a revolverlo todo... He pasado un miedo horrible, señor...

—Lo comprendo, Maisie —dije, cuando ya terminaba de soltarla

—. ¿Les oyó hablar algo acerca de lo que buscaban?

—No. Sólo hablaban de que buscaban una cosa... pero no la mencionaron nunca concretamente.

Maisie se puso en pie.

—¿Se han ido? —preguntó ávidamente.

—No. Están ahí todavía, en el saloncito —contesté—. Pero no tema; les he arrancado los dientes. Maisie, voy a pedirle un favor.

—Sí, señor... Lo que usted quiera —dijo la chica, agradecida.

—Termine de preparar la maleta para la señorita Rheinen —ordené—. A propósito, ¿quién le dio la orden de hacerlo?

—El señor Granger, el recepcionista...

—¿Está ahora en la recepción?

—Sí, señor.

—Ande, empiece a trabajar. ¡Granuja, decirme que no había recibido la llamada!

Estaba seguro de que aquellos dos tipos le habían sobornado para que no dijera que subían al cuarto de Angelika. Si no era así, no se comprendía su actitud.

De pronto, oí el ruido de una puerta al cerrarse. Corrí al saloncito.

Estaba desierto. «Seboso» y su compinche se habían aprovechado de mi descuido para tomar las de Villadiego.

Maisie actuó diestra y eficazmente. Al terminar, puse en su mano dos billetes de cinco dólares.

—Por las molestias sufridas —dije—. Y para que no diga nada al señor Granger.

—Sí, señor.

—Si le preguntase algo, díglele que usted no ha visto a nadie...

—Pero le verá a usted con la maleta.

—Lo sé. Díglele que la hizo y se la llevó al cuarto de aseo del corredor. Luego estuvo en otras habitaciones y ya no vio nada. ¿Comprende?

Maisie sonrió simpáticamente.

—No, pero lo haré como me ha dicho, señor —contestó.

Momentos después, estaba en la recepción. Granger acudió en el acto, untuoso y servil.

—Señor... —murmuró.

Me incliné hacia él.

—Soy Sim, el «Granadero». Un día vendré aquí y le echaré una bomba de mano —dije, torciendo la boca a la vez que hablaba.

Granger se puso pálido.

—Yo... —Tragó saliva—, no sé de qué... me habla...

—¿No ha oído hablar de la banda de Mackay, el «Ametrallador»? Está a matar con la banda de esos tipos que le sobornaron para subir al cuarto de la señorita Rheinen. Hoy mismo pediré a Mackay permiso para venir aquí y ponerle una bombita en su taza de café. ¡Adiós, imbécil!

Me separé del mostrador. Había dado apenas cuatro pasos, cuando escuché un fuerte ruido a mis espaldas.

Me volví. Granger había desaparecido.

Un mozo del hotel corrió hacia el mostrador.

—¡Se ha desmayado! —exclamó.

Sí, se había desmayado de miedo. Y la verdad era que se merecía el susto.

—De modo que usted no tiene la menor idea de qué es lo que buscan esos dos tipos —dije.

Angelika sacudió la cabeza.

—En absoluto, señor Groff.

—Pues debe de tratarse de algo importante —opiné—. De lo contrario, no se concibe tanta insistencia.

—No comprendo qué debe ser —dijo Angelika—. Y no creo siquiera que mis padres lo sepan tampoco. ¡Hace tantos años que faltan del país! Yo vivía con tío Oscar hasta que me fui a Europa... Era su único pariente y me quería mucho.

—¿Era rico tío Oscar?

—Tenía un buen pasar, pero no como para vivir derrochando el dinero alegremente.

—Vamos, que no pasaba apuros económicos.

—Desde luego.

—Bueno, creo que no tardaremos mucho en saber algo. Si sus indicaciones son exactas, eso que tenemos a la vista es la casa de Buddy Ecknor.

CAPÍTULO IV

El coche describió una pequeña curva y yo lo detuve frente a la puerta de la casita pintada de blanco que estaba rodeada por un pequeño jardín. Angelika y yo saltamos del coche y nos dirigimos hacia la casa.

Aquella era la residencia del amigo de tío Oscar. Después de llevarle la maleta, Angelika se había cambiado de ropa y, acto seguido, habíamos emprendido la excursión.

Llamé al timbre y no contestó nadie.

—Estará fuera —dije.

—¿A estas horas? —se extrañó ella.

—¿Por qué no? Son sólo las tres de la tarde. Estará trabajando...

Angelika hizo un gesto negativo.

—No —contradijo—. Buddy Ecknor es un hombre muy viejo y vive de su pensión de retirado de una importante empresa. Sale muy poco de casa... o salía, mejor dicho, porque no sé si habrá cambiado de costumbres en estos últimos años. Puede decirse que sus únicas salidas eran para visitar a tío Oscar.

—Muy bien, llamaremos de nuevo.

Pero tampoco recibimos respuesta alguna. De pronto, Angelika asió el pomo de la puerta y lo hizo girar.

—¡Está abierta! —exclamó.

Aquello me dio muy mala espina. El jardín no era tan grande que no hubiésemos visto a su dueño a la primera, caso de hallarse en él, dedicado a su cuidado. Dentro de la casa reinaba un silencio total.

—Deje —murmuré—. Yo iré primero.

Avancé, haciendo crujir el entarimado del pavimento. Crucé el salón y llegué a un dormitorio. Entonces vi a Buddy Ecknor.

Estaba tumbado en el suelo, boca abajo. Su pelo estaba manchado de sangre en la nuca.

También había un poco de sangre bajo su cabeza, en el suelo. La hemorragia, sin embargo, no había sido demasiado intensa.

Angelika miró por encima de mi hombro y lanzó un gemido.

—¡Dios mío!

—Cálmese —dije—. Puede que sólo esté desvanecido...

Pero bastaba observar su quietud para comprender que Ecknor no era ya de este mundo.

Las causas de la muerte parecían sencillas: un golpe en la nuca, asestado seguramente con la intención de atontarle tan solo, pero el cráneo del pobre viejo había resultado demasiado blando.

En su mano derecha tenía un papel. Con gran sorpresa, pude ver que era una partitura musical.

Me agaché y la separé de sus dedos con facilidad. Tal vez había dejado algún mensaje escrito... pero pronto vi que allí no había más que notas musicales.

Y el título de la pieza: «Concierto para arpa en mi mayor bemol», de Vivaldi.

Nada más, eso era todo.

—¿Qué opina usted, señorita Rheinen? —pregunté—. ¿Habrá alguna clave en las notas de esta partitura?

Angelika permaneció silenciosa. Al volverme, vi que no estaba conmigo.

—¡Angelika! —grité, alarmado.

—Estoy aquí —contestó ella, con voz desmayada, desde el salón.

Corrí en su busca. Angelika, sentada en un sillón, parecía muy afligida.

La muerte de Ecknor le había impresionado profundamente. Tenía la cabeza apoyada en una mano y apenas la movió cuando me vio entrar en la pieza.

—Dispénsame —musitó—. Estoy muy afectada. Nunca he visto a una persona muerta violentamente...

—Se comprende —contesté en tono amable—. ¿Quiere que busque por ahí algo de beber?

—No, gracias, ya se me está pasando. —De pronto reparó en el papel que yo tenía en la mano—. ¿Qué es eso?

—Una partitura musical —contesté, a la vez que se lo entregaba—. Se me ocurrió pensar que tal vez habría alguna clave en las notas...

Angelika repasó rápidamente la partitura.

—No lo creo —contestó—. En todo caso, la examinaremos luego con más detenimiento.

Dobló el papel y lo guardó en su bolso.

—¿Qué haremos ahora, señor Groff? —preguntó.

—Yo opino que lo mejor es marcharnos de aquí cuanto antes —contesté.

Ella suspiró.

—Sí, es cierto. ¿Avisará a la policía?

—No, no quiero compromisos —respondí—. Imagino que no tardarán mucho en descubrir el crimen, pero no quiero que nos relacionen con el hecho. A usted no la favorecería en nada y, aunque sea una actitud egoísta, ya no podemos hacer nada por el pobre señor Ecknor.

—Tiene usted razón —admitió Angelika con voz cansada—. ¿Por qué le asesinaron? —murmuró.

—Los motivos están claros: conocía el secreto de tío Oscar —dije, convencido de expresar la verdad.

Angelika se paseaba nerviosamente por la sala de mi casa. Había trocado su vestido de calle por una blusa holgada y unos cómodos pantalones pero su humor no había cambiado.

—Tenemos... —dijo de pronto, pero se interrumpió casi en el acto para hacer una corrección—: Tengo que averiguar qué es lo que sabía tío Oscar y por qué creen que lo sé yo también.

—Eso es sencillo. Se busca al «Seboso» y a su amigo Jack, se les pregunta en forma conveniente... y ya está —respondí desde el sillón en que estaba hundido, con un vaso alto en la mano derecha.

Angelika me miró a los ojos.

—No es cosa de broma, señor Groff. Han intentado secuestrarme por dos veces y hemos visto a un hombre asesinado. Lo de tío Oscar, sea lo que sea, tiene que ser de mucho valor... o no habrían ocurrido cosas como las que hemos presenciado.

—En eso tiene usted razón, aunque no se me ocurre cómo dar comienzo a las investigaciones. Soy un modesto escritor, no un detective.

—¿Por qué no contratamos a uno? —sugirió ella, con los ojos muy brillantes.

Reflexioné un momento.

—Ahora que lo dice... Pero eso cuesta dinero, Angelika —dije, apeando el tratamiento.

—Yo tengo algunos cientos de dólares —contestó ella—. Y la esperanza de conseguir algún día un buen contrato, si los *managers* de las salas de concierto hacen caso de los críticos que asistieron a mi velada.

Al menos, mi amigo, guiándose por mis indicaciones, la había puesto por las nubes. Habíamos leído las restantes críticas en otros periódicos de la ciudad y, francamente, eran bastante buenas.

—En cuanto a mí —dije—, no soy rico, pero puedo arriesgar también algunos cientos... ¡Espere! —exclamé de pronto—. Tenemos la solución en las manos.

Angelika me miró ansiosamente. Dejé el vaso a un lado y me levanté hacia el teléfono.

Minutos después, colgaba el aparato.

—Me había olvidado de que tengo un amigo que trabaja en una agencia de investigaciones —manifesté—. A estas horas, acude todos los días a tomar una copa en un bar que hay a seis manzanas de aquí. Voy a verle ahora mismo.

—Iré con usted —se ofreció ella.

—Usted se queda —dije imperativamente—. Volveré enseguida.

—Es usted demasiado mandón —se quejó Angelika.

Señalé el diván.

—Su paradero es desconocido, pero, por si acaso, ahí tiene tres pistolas nada menos. Yo me llevo mis llaves, así que usted no tiene necesidad de abrir a nadie, máxime cuando no espero ninguna visita. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó Angelika con simpática sonrisa.

Mi amigo el detective —lo llamaremos así, aunque en realidad se limitaba más bien a recoger informes comerciales—, era de aficiones un tanto bohemias. Quizá por eso había elegido la profesión... el caso era que, invariablemente, se pasaba una hora y media o dos horas tomando unas copas con los amigos en un bar de nombre más bien estrambótico: El Pato Calvo. Solía llegar allí a las nueve y ya no se iba hasta cerca de las once, por término medio. A veces, la velada se alargaba y entonces no se iba, se lo llevaban en brazos.

Para evitar compromisos, le daré un nombre supuesto. No quiero ponerle en un lío con su agencia. Johnny Jones está bien y no compromete a nadie.

Entré en El Pato Calvo. Era una taberna sin pretensiones, pero estaba limpia y no había moscas. Johnny, como de costumbre, charlaba con sus amigos sentado a una mesa. Todos eran más o menos como él: alegres, vividores y partidarios de un rato de honesto desahogo después de la dura jornada cotidiana. Claro que a veces se les iba la mano en el alcohol... pero eran buenos chicos y no se les puede censurar.

—¿Johnny? —saludé, al acercarme a su mesa.

Jones me miró y sonrió.

—Hola, escritor —dijo jovialmente—. Siéntate y toma una copa con nosotros.

—Perdona —contesté—. Quiero hablar contigo unos momentos. Seré breve, te lo prometo. Dispensen, amigos —me dirigí a sus contertulios.

Jones se puso en pie y yo me lo llevé al mostrador.

—¿Qué te sucede, Sim? —me preguntó—. ¿Algún jaleo de faldas?

—Hasta cierto punto —repuse ambiguamente—. Dos copas —pedí al *barman*.

—Al momento, señor.

Las copas fueron servidas.

—Bebe mientras te cuento una cosa, Johnny —dije.

Le relaté, aunque sólo en parte, nuestras peripecias. Luego le describí las características físicas de los dos pistoleros.

Jones torció el gesto.

—Te has metido en un buen lío, Sim —me espetó sin más, apenas hube terminado de hablar.

—Explícate, Johnny, ¿quieres?

—Con mucho gusto, Sim. Ése a quien tú llamas el «Seboso», atiende por el nombre de Roy Alston. Según se cuenta, es muy aficionado a manejar la pistola. El otro se llama Jack Tuttle y le llaman el «Tiras». ¿Sabes por qué, Sim?

—Ni idea, Johnny.

—Se rumorea que una vez despellejó vivo a un pistolero de una banda, para obligarle a confesar. Sencillamente, le arrancó la piel a

tiras. Puede que haya algo de exageración... pero le ha quedado el apodo y, créeme, es un tipo capaz de hacer cosas aún peores.

—Pues sí que he metido los pies en un barreño lleno de tarántulas —mascullé—. ¿Qué son éstos, directivos o asalariados?

—«Trabajan», es un decir, para un tipo llamado Closserman, Burt de nombre, pero todos le dicen «Doc». A lo que parece, estudió medicina en tiempos. Una cosa, Sim; si «Doc» Closserman ha metido las manos en este asunto, es que hay dinero de por medio. Mucho dinero, ¿me entiendes?

—Me lo figuré desde el primer momento —contesté—. Gracias, Johnny; dejaré una ronda pagada para la cuadrilla...

Mi amigo frunció el ceño de pronto.

—Cuidado, Sim —dijo en voz baja.

—¿Sucedé algo? —pregunté en el mismo tono.

—Mira hacia el otro lado del mostrador. Aquel tipo que está bebiendo en solitario trabaja también para Closserman. Hazlo con disimulo, Sim.

Me llevé el vaso a los labios. Jones estaba entre el fulano y yo, aunque el sujeto indicado se hallaba a seis o siete metros de distancia.

Era un hombre pequeño, esmirriado, de cara cetrina y nariz ganchuda. Evidentemente, había dado orden a su sastre de suplir con guata la carne y los huesos que no tenía en los hombros. Me pareció que no podía pesar más de cincuenta kilos.

Pero eran cincuenta kilos de maldad pura. En aquel caso, el refrán de «la cara es el espejo del alma», tenía su más genuina expresión viviente.

—¿Cómo se llama? —susurré.

—Handy Rye, Sim.

—¿Especialidad?

Yo preguntaba por el arma que Rye podía usar con más frecuencia. La respuesta de mi amigo fue estremecedoramente lacónica.

—Matar.

Sentí frío en la espalda. Jones agregó:

—No te metas con él, Sim —murmuró—. Es un consejo de amigo. Rye te mataría con la misma despreocupación que mataría a una mosca.

CAPÍTULO V

Así son las leyes en nuestro país. El inocente queda plenamente protegido... pero los criminales se aprovechan del menor fallo en la legislación para seguir tan campantes por las calles.

Rye había sido acusado más de una vez de asesinato. Jamás se pudieron encontrar pruebas concluyentes que permitieran enviarle a la cámara de gas.

Esperé pacientemente, escondido en el hueco de un portal próximo. Rye abandonó al fin la taberna.

Escuché sus pasos por la acera. A las once de la noche, aquel sector de la ciudad estaba prácticamente deshabitado.

Rye pasó por delante de mí. Entonces, saqué las dos manos y le agarré por las solapas del traje.

Rye se sorprendió primero. Seguramente, debió creer que se trataba de un atraco nocturno, pero reaccionó enseguida y, sin hacer ningún gesto para desasirse de mí, buscó su pistola.

Yo me imaginaba que lo haría, así que di un pequeño salto lateral y me situé a su izquierda, a la vez que, con una mano, le hacía girar un poco en sentido contrario.

Mi maniobra le desconcertó, al ver que su atacante desaparecía de delante de él. Entonces, apoyé la mano derecha en su nuca y empujé con fuerza hacia adelante.

Su cara se estrelló contra la pared. Lanzó un gruñido inarticulado y se derrumbó como un montón de ropa vieja.

Me incliné sobre él. Llevaba encima un arsenal: una pistola «Colt» 45, un pequeño revólver europeo de no sé qué marca, calibre 32, un puñal que parecía una aguja, por lo fino y aguzado de su hoja, y unos nudillos de acero.

—Sólo le falta un tanque —mascullé, mientras me lo cargaba debajo del brazo izquierdo.

Angelika se sorprendió al verme llegar con un prisionero.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó, alarmada.

—Un amigo de sus dos frustrados secuestradores —contesté—. Será mejor que se esconda y no la vea —agregué—. Me parece que ya empieza a dar señales de vida.

—¿Qué va a hacer con él, Sim?

—Clavaré un poste en el suelo, lo ataré a él y danzaré a su alrededor la danza de la tortura. Eso puede que le decida a sentirse locuaz.

Los ojos de la joven se oscurecieron.

—No me gustan ciertos procedimientos, Sim —dijo en tono de reproche.

Me eché a reír.

—No habrá tortura, por supuesto... aunque le daré un buen susto. Ande, váyase al dormitorio y escuche desde allí.

—De acuerdo, Sim.

Angelika se retiró. Yo coloqué a Rye sobre el diván y me senté a esperar.

El pistolero tenía la nariz bastante dura. No había sangrado, a pesar del golpe, aunque la tendría hinchada durante una semana, por lo menos.

Abrió los ojos y se esforzó por recobrar la memoria. Yo estaba sentado frente a él y esperé a que su mente se normalizase.

Entonces me miró atravesadamente.

—¿Quién es usted? —preguntó en tono hostil.

—Sim, el «Granadero», y pertenezco a la banda de Mackay, el «Ametrallador». A mi jefe también le interesa saber dónde está el tesoro del viejo Oscar Dennen.

Rye entrecerró los ojos.

—No sé de qué me está hablando —contestó agriamente. Se tocó el lado izquierdo del pecho y torció el resto al darse cuenta de que estaba desarmado. Entonces palideció un poco, pero no por ello perdió su aire desafiante y bravucón—: Será mejor que me suelte, Sim.

—Después de que hayas hablado, por supuesto.

—Repito que no sé nada. —Y se puso en pie.

Yo también me levanté. Al menos le pasaba palmo y medio.

—Vas a hablar, Handy —murmuré.

De repente, alargué la mano izquierda y le agarré por el pelo. Mi

puño se situó a cinco centímetros de la nariz.

—¿Empiezo? —pregunté amablemente.

Rye era como todos los de su ralea: un cobarde cuando se veía sin armas. Su cara se puso lívida.

—Maldita sea —dijo—. No lo sé. Es un asunto personal del jefe.

—¿De «Doc» Closserman?

—Sí... Otras veces conocemos sus intenciones, pero esta vez no nos ha dicho nada... Además, yo no estoy encargado del asunto...

Parecía sincero.

—Ya —dije—. Roy y Jack son los que se han encargado de buscar el tesoro de tío Oscar, ¿no es cierto?

Rye apretó los labios. Pegué una sacudida y chilló cuando creyó que le iba a dejar calvo a tirones.

—Sí —masculló—. Se encargan ellos. Pero ¿cómo diablos lo sabe...?

—Eso no te importa a ti, enano —contesté despectivamente—. Escucha atentamente esto que voy a decirte, para que se lo repitas a su jefe: Dile que se aparte de la circulación en el asunto Oscar Dennen. De lo contrario, iré a hacerle una visita con una buena bomba de mano. ¿Estamos?

El pandillero asintió.

—Entonces, ¿va a dejarme libre?

Sin duda, había pensado que había llegado su última hora. Mi respuesta llenó de alivio su conturbado espíritu.

—No me gusta ensuciar la casa —contesté—. Pero tampoco quiero que sepas dónde vivo. Sin conocimiento viniste y sin conocimiento te irás de aquí.

Disparé el puño. Rye puso los ojos en blanco y cayó fulminado sobre el diván.

Angelika apareció casi en el acto...

—Le dije que...

—No he hecho más que atontarle de un golpe. Me conviene sacarlo de aquí antes de que recobre el conocimiento, para que no sepa adónde fue llevado.

Ella respiró aliviada.

—Siendo así...

Me cargué a Rye debajo del brazo.

—Volveré dentro de quince minutos —aseguré—. ¿Ha oído

usted las respuestas de este rufián?

—Sí, desde luego. Le mintió, Sim.

—Yo creo que fue sincero —contradije a la muchacha—. De una cosa, sin embargo, estoy seguro: se trata de un asunto de mucho dinero.

—¿Usted cree?

—No me cabe la menor duda —contesté, rotundamente.

Angelika continuaba paseándose nerviosamente. Habían transcurrido casi veinticuatro horas y todo seguía igual.

Los periódicos habían hablado bastante de la muerte de Buddy Ecknor, descubierta por el repartidor de la leche, extrañado de no ver botellas a la puerta de la casa. Según las informaciones, los motivos, así como la identidad del asesino, permanecían en el más impenetrable de los misterios.

—Esto no puede seguir así —dijo Angelika de pronto.

—He hecho todo lo que he podido —me disculpé—. No soy un detective profesional ni un policía...

—No me refería a usted, Sim. —Angelika me dirigió una mirada afectuosa—. Me ha ayudado enormemente, me tiene alojada en su casa... Pero yo necesito seguir practicando.

—¿Cómo?

—Llevo varios días sin hacer mis acostumbrados ejercicios digitales. Un instrumentista tiene que practicar a diario varias horas, Sim.

Entendí lo que ella quería decirme.

—Entonces, ¿quiere traer un arpa a casa? —dije.

—No me gustaría causarle tantas molestias, Sim. Volveré al hotel y haré que me traigan una, alquilada, por supuesto.

—No, no vuelva al hotel —prohibí—. Estoy seguro de que Closserman tiene allí espías. Conviene que siga escondida.

—Pero debo practicar, Sim —insistió ella.

Levanté los brazos al cielo, resignándome a escuchar conciertos de arpa horas y horas.

—Está bien, llamaré por teléfono y haré que traigan un arpa.

—Espere, no es necesario que gastemos tanto. Yo sé dónde hay una que no nos costará nada, Sim.

—¿Dónde? —pregunté, mirándola a los ojos.

—En casa de tío Oscar, naturalmente.

—Ah, el arpa de su abuela —murmuré.

—Exacto. La casa está intacta. No se ha tocado ni el agente ha querido venderla. Es nuestra, ¿sabe? Bueno, de mis padres, que son los herederos de tío Oscar...

—Pero un arpa no cabe en un coche —alegué.

—Se puede encomendar el traslado a una agencia de transportes —dijo ella.

Vencido, me encaminé hacia el teléfono.

—¿Cuándo le parece que la traigan? —consulté.

—¿Hoy, Sim? —sugirió ella, en tono suplicante.

—Sea, hoy —cedí—. Es un poco tarde y el transporte costará algo más de lo ordinario... Pero ¿cómo van a encontrar el arpa?

—Avíseles de que estaremos allí esperándoles. No —se corrigió casi en el acto—; yo hablaré con la agencia; será lo mejor, Sim.

—Sí, será lo mejor —convine, mientras recogía la guía telefónica para buscar el número de una agencia dispuesta a traer el arpa a casa.

—¿Y las llaves? —preguntó de pronto. Angelika sonrió.

—Espere un momento, Sim —me pidió.

Estábamos delante de la casa de tío Oscar. Atardecía y el aspecto del edificio era como para rodar en él una serie de «suspense» y terror.

El tejado de la casa era de pizarra, muy inclinado y a dos aguas, con chimenea de piedra, que sobresalía como un dedo en forma de prisma cuadrangular. Tenía planta y piso alto y, además, un ático directamente bajo el tejado, con un par de salientes abuhardillados.

Las ventanas estaban cerradas a piedra y lodo. El jardín aparecía muy descuidado y las hierbas crecían libremente. Soplaban algo de viento y movía las ramas de un roble centenario que se alzaba junto a uno de los ángulos de la casa.

Visto el edificio a contraluz, con el fondo rojizo del crepúsculo, su aspecto era tétrico, siniestro.

—Parece la casa de Drácula.

—Pues aquí he vivido yo muchísimos años y no he visto fantasmas ni vampiros —dijo ella, picada.

Estábamos bajo la marquesina que protegía la puerta, situada a cosa de un metro del suelo. Un zócalo de piedra formaba el basamento de la casa y corría a todo lo largo, contorneándola por

completo.

Angelika se agachó y levantó el felpudo.

—Aquí está la llave —exclamó, con acento triunfal.

—Vamos, cualquiera diría que fue ayer cuando se marchó de esta casa —murmuré.

Angelika no hizo caso de mi observación. Insertó la llave en la cerradura y la hizo girar.

—¡Está abierta! —exclamó de pronto.

—¿Cómo?

—Sí. Mire usted mismo, Sim.

Hice girar la puerta. El interior del edificio aparecía en la más completa oscuridad. Fuera, en la calle, era casi de noche.

—Espere, entraré yo primero.

Me había llevado una linterna a prevención. Después de encenderla, avancé unos cuantos pasos por el vestíbulo.

Reinaba un silencio total. De pronto, las luces del vestíbulo se encendieron de golpe.

Pegué un salto y retrocedí dos metros.

—¡Angelika, hay alguien en la casa! —chillé.

—No grite, Sim; he sido yo —contestó ella, riendo.

Me volví en redondo y la miré enfadado.

—El susto que me he llevado —dije de mal humor—. Oiga, ¿cómo es que hay luz después de dos años de estar deshabitada?

—Todavía no he hablado con nuestro abogado —contestó ella—. Seguramente, mantiene todo en orden, por si un día le encargan de la venta mis padres.

—Entiendo —murmuré—. Pero la llave estaba debajo del felpudo y la puerta abierta.

—Sí.

—Eso significa una cosa, Angelika.

—Dígame, Sim.

—La persona que abrió la casa, conocía ese detalle. Por tanto, usted tiene que conocerla también.

—Tío Oscar tenía amistades con las cuales yo no tenía relación alguna.

—Esas amistades no estarían al corriente del detalle de la llave —alegué—. Insisto en que fue una persona que conocía bien la casa. Y a tío Oscar, también, por supuesto. ¿Vivía solo en el momento de

su muerte? —pregunté.

—No. Tenía un viejo criado... Caleb Jenkins.

—El buen y fiel Jenkins —dije—. Nombre muy adecuado para un mayordomo y criado de confianza. ¿Qué se hizo de Jenkins, Angelika?

—Con franqueza, no lo sé, Sim.

Señalé el suelo con la mano.

—¿Tenía los pies muy grandes? —pregunté.

Angelika bajó la vista.

Una exclamación de asombro se escapó de sus labios.

El suelo, después de dos años, estaba cubierto por una espesa capa de polvo en la que, nítidamente impresas, se veían las huellas de una persona. Hombre y de gran tamaño, a juzgar por las enormes dimensiones de aquellas señales.

CAPÍTULO VI

Durante unos segundos, permanecemos en completo silencio. De pronto, escuchamos un ruido extraño en el piso superior.

Fue un golpazo, algo así como el ruido de una persona al caer al suelo. Angelika lanzó un grito de susto y se agarró a mi brazo.

—Tengo miedo, Sim —dijo.

—Pues lo que es yo...

Me pasé el dedo por el cuello de la camisa. Verdaderamente, el aspecto interior de la casa no era menos siniestro que el exterior.

Los muebles eran muy anticuados, así como la decoración. El papel de las paredes era de un estilo tan pasado de moda, que volvía a estar nuevamente de actualidad. Había viejos cuadros y un par de cornucopias, representando a un hombre y una mujer, vestidos con la indumentaria propia de principios de siglo.

La mujer había sido retratada al óleo y poseía una singular belleza. Era evidente que la pintura había sido realizada en el esplendor de su juventud. El parecido con Angelika era sorprendente.

—Mi abuela —dijo ella.

—Era guapísima —observé.

—Una auténtica belleza. En cambio, yo... —suspiró.

—Arriba se ha oído un ruido —le recordé—. Vamos a ver qué ha sido. Péguese a mí y no se separe por nada del mundo.

—No será necesario que me lo repita, Sim —contestó ella, agarrándose con fuerza a mi brazo izquierdo.

Guardé la linterna. En su lugar, saqué el revólver del 32 que había capturado a Rye. Era un arma pequeña y, a corta distancia, tan efectiva como una de calibre superior.

Emprendimos el ascenso por la escalera que conducía al piso superior. Al llegar al rellano, Angelika encendió las luces.

—Creo que ha sido por allí —indiqué una puerta situada en el

extremo más alejado de la escalera.

Una tabla del pavimento emitió un gañido atemorizador. Angelika se apretó contra mí más todavía.

Paso a paso, recorrimos el pasillo hasta llegar a la puerta sospechosa.

—¿Qué hay al otro lado? —pregunté con un susurro.

—La habitación particular de la abuela —respondió Angelika.

Agarré el pomo con la mano izquierda y lo hice girar. Empujé la hoja de la puerta de golpe y me aparté a un lado, apuntando con el revólver hacia el interior.

—¿Quién hay ahí? —exclamé en voz alta—. ¡Salga en el acto o haré fuego!

Nadie me contestó. La luz que penetraba por el pasillo apenas si derramaba una ligera penumbra en la estancia. Era preciso entrar para saber lo que había pasado.

—Quieta, no se mueva —dije en voz baja.

Crucé de un salto el umbral y luego me desvié lateralmente, quedando agazapado junto a la puerta, tal como lo había visto innumerables veces en el cine y la televisión. A decir verdad, me sentía un poco ridículo, pero después de los enfrentamientos con los pandilleros no las tenía todas conmigo.

Alcé la mano poco a poco y tanteé hasta encontrar el interruptor de la luz. Una gran lámpara colgada del techo se encendió y entonces pude ver que no había nadie en la estancia.

Me incorporé lentamente. El dormitorio era grande y lujoso, aunque, claro está, de estilo anticuado. Sin embargo, no dejaba de poseer un cierto encanto, un rancio atractivo que hacía grata su contemplación.

Era una vasta pieza, dividida en dos mitades por un escalón de unos veinte centímetros, que servía para alcanzar una especie de estrado, separado del resto de la habitación por una barandilla de madera de roble artísticamente tallada.

La barandilla tenía en el centro un hueco de metro y medio, a fin de permitir el acceso al gran lecho con dosel que había en el estrado. Los muebles que había en el resto de la habitación estaban tapados con fundas de algodón y la lámpara estaba asimismo cubierta con gasas para evitar los asaltos de las moscas.

—Entre, Angelika —dije—. No hay nadie.

Angelika cruzó el umbral.

—En los últimos tiempos de su vida, la abuela apenas se movía de la cama —murmuró conmovida—. Yo venía a hablar con ella y me pasaba a su lado muchos ratos agradables...

—La habitación es muy bonita —alabé—. Los paneles de madera pintados de verde claro, con fileteado en oro, pese a su estilo antiguo, resultan hoy sorprendentemente modernos.

—Con lo cual se demuestra que no hay nada nuevo bajo el sol —sonrió Angelika—. Vámonos, Sim; aquí no hay nadie.

—Pero alguien ha estado recientemente en esta habitación —exclamé de pronto—. ¡Mire, Angelika!

El suelo estaba cubierto de polvo. Al pie del estrado se veía que faltaba el polvo en la extensión del cuerpo de una persona. Era evidente que se había caído al caminar en la oscuridad por el dormitorio, levantándose acto seguido para escapar.

—¿Por dónde se fue? —preguntó ella.

Las pisadas señalaban nítidamente el camino seguido por el desconocido de los pies grandes. Con enorme extrañeza por nuestra parte, comprobamos que terminaban al pie de la pared situada en el extremo opuesto a la cama de la abuela.

Los paneles de madera llegaban hasta la altura de los hombros de una persona. El resto del muro estaba cubierto de papel con dibujos de tonos pálidos. Inequívocamente, las huellas terminaban al pie de uno de los paneles.

Un fuerte golpe resonó de pronto en la planta baja. Angelika pegó un salto y casi se colgó de mi cuello.

—¡Eh! —gritó alguien abajo—. ¿Es que no hay nadie en esta casa?

Suspiré, aliviado.

—Son los que vienen a recoger el arpa —dije—. Vamos, Angelika.

Ella asintió. Abandonamos la habitación y salimos al corredor.

El hombre de la agencia de transportes volvió a gritar.

—¡Un momento! —contesté yo—. Ahora mismo bajamos... Angelika, ¿dónde está el arpa?

—Abajo, en el salón.

—Guíeme usted, ¿quiere?

Angelika se dirigió hacia la escalera. Dos hombres, vestidos con

monos claros y el rótulo de la agencia a las espaldas, aguardaban en el vestíbulo.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo Angelika—. Estábamos arriba revisando el piso superior y no nos dimos cuenta de su llegada.

—No tiene importancia, señora —contestó uno de los hombres—. Se trata de un arpa, creo.

—En efecto. Hagan el favor de seguirme.

Angelika caminó en cabeza y se dirigió al salón. Abrió la puerta y encendió la luz.

—Está allí —indicó—. Trátenla con mucho cuidado. Tiene más de cien años de antigüedad.

Uno de los hombres silbó.

—Entonces, es ya una pieza de museo —dijo.

El arpa se hallaba en un rincón, cubierta con una funda que la preservaba del polvo. Angelika se acercó. Yo me fijé en un detalle, antes de que ella levantase la funda.

Alguien lo había hecho antes que Angelika. Se notaba fácilmente en su apresurada colocación. La funda no ofrecía el aspecto que debía ofrecer al ser colocada con todo cuidado, para guardar el arpa durante una larga temporada de inactividad.

De momento, sin embargo, no quise decir nada delante de los transportistas. Angelika levantó la funda y dejó el arpa al descubierto.

Sus dedos recorrieron veloces las cuerdas. La casa se inundó de vibraciones musicales.

—Está muy desafinada —dijo con suave sonrisa—. Tendré trabajo en afinar las cuerdas.

—Sobra tiempo —comenté yo—. Vamos a poner la funda nuevamente. Estos hombres tienen un horario marcado y nosotros abusamos de ellos al retenerlos aquí.

—Es cierto, Sim. Dispensen, amigos —se disculpó Angelika.

Colocamos la funda de nuevo. Las huellas de los pies grandes aparecían por todas partes, aunque, de momento, preferí callar mi observación.

Los hombres de la agencia se dispusieron a cargar con el arpa. Antes de que lo hicieran, entregué cinco dólares a cada uno.

—Guarden el arpa hoy en el almacén de su agencia —indiqué—.

Mañana llamaré para que la traigan a la dirección que se les dio por teléfono.

—Usted manda, señor —contestó uno de los individuos.

Momentos después, Angelika y yo quedábamos nuevamente a solas.

—¿Por qué no llevan el arpa esta misma noche? —preguntó, extrañada.

—Hay alguien en la casa —repliqué—. Ese desconocido estuvo aquí antes que nosotros. Levantó la funda del arpa antes que usted; estuvo en el salón antes que nosotros... ha estado por todas partes antes que nosotros. ¿Qué es lo que puede buscar, Angelika?

Ella me contempló con ojos de pasmo.

—No tengo la menor idea, Sim —dijo.

—Ha dicho antes, creo, que no sabe dónde pueda hallarse ahora Jenkins, el criado de tío Oscar.

—Justamente, Sim.

—Entonces, será cosa de ir a ver a su abogado. Tal vez él lo sepa. ¿No es el que se encarga de la casa? Seguramente, habrá pagado impuestos durante estos años...

—Es cierto, Sim —contestó Angelika—. Iremos a verle mañana, apenas me hayan traído el arpa a su casa. Pero ¿qué hacemos ahora?

Puse el índice derecho en posición vertical.

—«Pies Grandes» está arriba —dije—. Vamos a ver si lo encontramos.

Saqué el revólver, que había guardado para no asustar a los transportistas. Angelika, dominando valerosamente sus aprensiones, caminó hacia la escalera, emparejada conmigo.

Llegamos por segunda vez al dormitorio de la abuela. Yo me dirigí directamente al lugar del muro donde conducían las pisadas del desconocido.

—Aquí debe de haber una puerta secreta —opiné—. ¿No oyó hablar nunca de ella?

Angelika movió la cabeza negativamente.

—Nunca, Sim —respondió.

—Entonces, vamos a buscar el resorte secreto que hace funcionar el mecanismo de apertura —dije, a la vez que empezaba a tantear con los dedos en el panel de madera.

CAPÍTULO VII

Sonó un chasquido y un trozo del panel giró lentamente, dejando ver un negro hueco delante de nuestros ojos.

El mecanismo de apertura funcionaba al presionar sobre determinado sector de las molduras fileteadas en oro. No fue solo casualidad, sino también producto de una larga y tediosa labor de exploración.

Pero ahora teníamos la recompensa. Angelika estaba pasmada.

—La abuela no me habló nunca de esta puerta secreta —dijo.

—¿Cuándo se construyó esta casa? —pregunté, mientras buscaba mi linterna.

—En mil ochocientos cuarenta, más o menos, creo recordar, Sim.

—Es probable que ni siquiera su abuela conociese la puerta secreta —opiné—. Bien, vamos a ver adónde da.

La linterna nos enseñó un rellano de donde partían dos escaleras. Una conducía al ático, a no dudarlo, mientras que la otra, tan angosta que apenas si cabía el cuerpo de una persona, descendía por el interior de la casa.

En el ático no encontramos otra cosa que trastos y muebles viejos. Había un arcón, repleto de ropa, según pudimos ver al levantar la tapa, pero la mayoría de los trajes estaban comidos por la polilla. Igualmente vimos grandes pilas de libros viejos, en cuyo examen no nos entretuvimos demasiado.

—Aquí no hay nada —dije, después de un buen rato de exploración—. Vamos abajo, Angelika.

La otra escalera nos condujo a un sótano con pretensiones de bodega. «Pies Grandes» había estado allí indudablemente, pero había escapado por la puertecita falsa que estaba situada en la trasera de la casa.

—Nos dio esquinazo —suspiré resignadamente.

—¿Qué hacemos ahora, Sim? —preguntó Angelika desconcertada.

—Volver a casa —contesté—. Estamos llenos de polvo y nos conviene un buen baño. Antes, sin embargo, dejaremos todo bien cerrado... y nos llevaremos la llave. Esta vez no se quedará bajo el felpudo.

Angelika se mostró de acuerdo con mis palabras. Diez minutos después, arrancábamos de la casa de tío Oscar en dirección a la ciudad.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, ya teníamos el arpa en casa. Angelika se aplicó inmediatamente a la tarea de afinar las cuerdas, provista de la llave correspondiente.

—Tengo que salir —dije—. No abra a nadie.

Estuve haciendo algunas gestiones. Regresé a medio día y Angelika me dio una noticia.

—Ha llamado su amigo el detective, Sim.

—¿Qué ha dicho, Angelika?

—Closserman le está buscando desesperadamente. Johnny dice que anoche El Pato Calvo estaba lleno de pistoleros.

—Con que Closserman me está buscando, ¿eh? —murmuré—. Piensa como Mahoma. La montaña, que soy yo, no va a él, luego él va a la montaña... pero no la encuentra. Está bien, la montaña irá a Closserman —decidí de repente.

El temor asomó a los ojos de la muchacha.

—¿Piensa visitar a Closserman? —preguntó.

—Claro que sí —contesté sonriendo—. No tema, estaré de vuelta antes de lo que se figura.

Angelika intentó detenerme, pero yo me hice el sordo. Momentos después, estaba en la calle.

Jones me había dado la dirección de «Doc» Closserman. Busqué su casa y la encontré media hora más tarde.

Tratábase de un edificio de treinta pisos, grande, lujoso. Closserman, según mis informes, residía en uno de los más altos. Un ascensor rápido me llevó hasta el piso del *gangster en contados minutos*.

El forajido había tomado toda la planta para sí. Al detenerse el ascensor salí a un rellano de seis metros cuadrados de extensión.

Sólo había una puerta frente a la del ascensor y llamé decididamente.

Una mirilla se descorrió en el acto. Alguien atisbo desde el otro lado.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó el fulano.

—Anúnciame a tu jefe —contesté—. Soy el representante de la arpista.

El tipo desapareció en el acto. Antes de treinta segundos, se abrió la puerta y dos individuos, uno de los cuales era «Seboso», aparecieron ante mis ojos.

—Se necesita cara dura —dijo «Seboso»—. Levante las manos; vamos a cachearlo.

—Está bien —dije, fingiendo resignación.

Levanté los brazos. «Seboso» se me acercó por la izquierda y el otro por la derecha. La puerta se había cerrado ya; seguramente, funcionaba eléctricamente.

«Seboso» alargó una mano hacia mí. Entonces le agarré por la muñeca y tiré en sentido contrario, lanzándolo contra su compinche.

Los dos pandilleros chocaron y se enredaron de brazos. Durante un par de segundos, sus cabezas permanecieron muy juntas, casi tocándose.

Yo hice que se tocaran, pero no con suavidad. Coloqué ambas manos detrás de sus respectivos cogotes y empujé en sentido contrario con todas mis fuerzas.

Se oyó un «*crack*» que sonaba a hueco. «Seboso» y su amigo cayeron sin sentido.

Me incliné sobre ellos y les quité las pistolas, que metí en el interior de un gran jarrón de adorno. Luego avancé a través de un lujoso salón en dirección a una puerta de grandes dimensiones.

La puerta era corredera. Hice que se deslizara a un lado y crucé el umbral.

Entonces, Closserman y yo quedamos frente a frente Rye, el asesino, estaba a la derecha del forajido, contemplándome con ojos llenos de odio.

Durante unos instantes, Closserman y yo nos contemplamos en silencio. Closserman era un sujeto de anchos hombros y cabeza casi

cuadrada. Su pelo parecía compuesto por crines de caballo, cortadas a escuadra. Era de color rojizo, áspero, hirsuto. Closserman estaba envuelto en energía pura; claramente se advertía su carácter autoritario y dominador.

—Así que éste es el famoso Sim, el «Granadero» —dijo Closserman, tras una larga pausa.

—Déjemelo a mí, jefe —pidió Rye, ávido de sangre—. He estado investigando por ahí. No existe tal Mackay, el «Ametrallador». Todo es una pura fábula de este chantajista.

Ni siquiera me molesté en mirar al canijo. Con los ojos clavados en Closserman, dije:

—¿Permite hablar a sus perros cuando está usted delante?

Closserman extendió una mano.

—Calla, Handy —ordenó—. Está bien, Sim, ¿qué quiere usted?

—Hacerle una advertencia, «Doc». No se arrime más a la señorita Rheinen o lo lamentará durante el resto de sus días.

Closserman me miró burlonamente.

—Es el farol más grande que he oído jamás —contestó—. ¿Se atreve a amenazarme?

—Le doy una orden, «Doc» —dije fríamente—. Tómela como quiera... pero aténgase a las consecuencias si no me obedece.

—Acabará por meterme el miedo en el cuerpo, Sim. Handy, ¿qué opinas tú?

Rye me dirigió una mirada atravesada.

—Éste es un asunto que se puede solucionar aquí mismo —declaró.

—¿De veras? —le desafié—. Entonces, ¿por qué no empiezas a buscar la solución?

Rye dio un paso hacia adelante.

—Basta —cortó Closserman en tono seco—. Voy a hacerle un favor, Sim. Es usted un tipo bragado y eso me ha gustado, aunque usted no se lo crea. Le permitiré que se marche de aquí sin hacerle el menor daño. Lo único que le pido es que no se cruce en mi camino.

—Es usted el que se ha cruzado en el mío. Sálgase de él antes de que lo atropelle, «Doc».

Los ojos del *gangster* emitieron un destello de rabia.

—La broma está durando ya demasiado —gruñó—. Voy a tener

que darle una lección.

Alargó la mano hacia el cajón de su derecha. Yo corté su gesto en seco.

—No lo haga, «Doc», se lo aconsejo.

Closserman volvió a mirarme. Entonces, cuando vio lo que yo tenía en la mano derecha, se puso lívido.

—¡Guarda eso! —gritó, lleno de pánico.

La bomba que saltaba en la palma de mi mano derecha hizo que Rye se escondiera bajo la mesa, muerto de miedo. Closserman se puso a sudar.

—No juegue con esas cosas, Sim —pidió temerosamente.

—Sólo quise demostrarle que lo de «Granadero» no es ninguna broma, «Doc». En el momento en que me entere que vuelve a intentar algo contra la chica o contra mí, le explotará una bomba en las narices. Soy un tipo duro y estoy dispuesto a probarlo.

Closserman no se atrevía a reaccionar.

Empecé a retroceder hacia la puerta.

—Ya está advertido, Closserman —dije.

Descorrí la puerta y la cerré de nuevo con seco golpe. Pero en lugar de correr me aposté a su lado.

Tal como había supuesto, la puerta se abrió segundos después. Armado con un pistolón, loco de rabia, Rye salió en mi persecución.

Le toqué con la mano en un hombro.

—Estoy aquí —dije.

Enormemente sorprendido, Rye empezó a volverse. Yo le estrellé la bomba en las narices.

El canijo chilló y se tambaleó, olvidándose de la pistola. Yo le hice girar en redondo y le puse cara a Closserman, cuyo asombro no conocía límites.

Rye gemía de dolor. Apoyé el pie en el final de su espalda y lo catapulté con tremendo impulso hacia adelante. El canijo corrió unos cuantos pasos hasta estrellarse contra la mesa de despacho.

—Soy un tipo duro —repetí—. Y nada tonto.

Cuando cerré de nuevo, Closserman no había reaccionado todavía.

Crucé de nuevo el salón. El amigo de «Seboso» empezaba a rebullir. Agarré el jarrón donde estaban las pistolas y lo dejé caer sobre su cabeza.

El jarrón se rompió en mil pedazos. El pistolero cayó de lado y se quedó quieto otra vez.

Abandoné el piso de Closserman sin ser molestado. No obstante, no me sentía contento.

¿Había ganado algo realmente? ¿Podía yo considerar mi visita a Closserman como una victoria?

La verdad era que no había conseguido gran cosa.

Closserman continuaría insistiendo en sus propósitos. Por lo que había podido apreciar en la expresión de su cara, no era hombre que abandonase fácilmente una idea, o un plan, una vez tomada la decisión de seguir adelante hasta el fin.

En aquel momento, lo único que había conseguido yo, podía decirse, era ocultar a Angelika. Pero el tesoro de tío Oscar, supuesto que existiera, continuaba sumido en el más impenetrable de los misterios.

—Tenemos que ir a visitar a su abogado, Angelika —dije.

Ya le había contado los incidentes de mi visita a Closserman. La arpista estaba pasmada de mi audacia.

—No comprendo de dónde sacó el valor para enfrentarse con esos tipos —dijo.

—Bueno, el factor sorpresa siempre ayuda —contesté—. Y ellos, a fin de cuentas, también son humanos.

—¿Qué quiere decir, Sim?

—Sencillamente, Closserman y los suyos están acostumbrados a intimidar a la gente. Cuando alguien se presenta ante ellos y se muestra enérgico, se desconciertan un poco. Si la energía aumenta, y se acompaña, además, con medios suficientes de intimidación, los resultados obtenidos superan a cuánto podía esperarse.

—Una teoría muy aceptable, Sim, pero ¿dará resultado en lo sucesivo?

Moví la cabeza con gesto pesimista.

—Sólo por el momento —contesté—. Closserman seguirá adelante, cueste lo que cueste.

—Si pudiésemos encontrar antes lo que dejó tío Oscar... Sim, se lo digo francamente; no se me ocurre de qué puede tratarse.

—Su abogado nos dirá algo, seguramente, Angelika.

—¿No se lo pedirá enseñándole la bomba de mano? —sonrió ella.

Me eché a reír.

—La compré en una tienda de artículos de broma —contesté—. Conozco al dueño desde hace tiempo. En realidad, al tirar de la anilla salen chispas, como un pequeño volcán de fuegos artificiales. Naturalmente, está imitada con toda fidelidad, pero Closserman no lo sabía. No iba a decirle yo que la tal bomba era sólo un artículo de broma.

Angelika rió también de buena gana.

—Me hubiera gustado ver la cara que puso Closserman —dijo.

—En estos momentos —manifesté—, nos conviene mucho más ver la cara del abogado de tío Oscar. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Mengter, Bruttin Mengter —contestó Angelika.

CAPÍTULO VIII

Bruttin Mengter. —¡Vaya nombrecito!—, era un tipo alto, estirado, con menos pelo en la cabeza que una rana en el lomo y unas manos como palas. Sonreía desagradablemente y no porque no fuese amable, sino a causa de los dos dientes de oro que brillaban cada vez que abría la boca para decir algo.

—Sí, desde luego —dijo, tras los primeros saludos y una vez hubo conocido nuestras intenciones—, yo llevaba los asuntos del señor Dennon, pero en su testamento no mencionaba ninguna suma de importancia. Tenía un buen pasar, eso es todo, además de la casa, que quedó en propiedad, por virtud de herencia, de los padres de la señorita Angelika.

—Usted ha pagado los impuestos correspondientes —dijo la muchacha—. ¿Es mucho lo que le adeudamos?

Mengter enseñó sus dientes de oro una vez más.

—Sus padres han liquidado puntualmente mis minutas —contestó—. En este momento, la casa está libre de toda carga.

—¿Le dijeron algo de ponerla en venta?

—No. Quieren conservarla, al menos por el momento. Su padre, señorita Angelika, manifestó algo de construir un nuevo edificio...

—¿Derribar la casa nueva y edificar sobre el solar?

—Justamente, pero sólo es un vago proyecto. Según tengo entendido, su madre se opone a él.

—La casa tiene ciento veintiocho años de antigüedad —dijo Angelika—. Es casi un monumento histórico.

Mengter volvió a sonreír.

—Así lo calificaría yo —concordó.

—Entonces —intervine yo—, usted no tiene idea de lo que pudo haber dejado tío Oscar.

—No, en absoluto, señor Groff.

Angelika me había presentado como su representante artístico, a

fin de eludir preguntas embarazosas.

—Pero ella se ha visto en situaciones apuradas —insistí—. Eso significa que tío Oscar dejó algo.

—Yo sólo me ocupaba de sus asuntos económicos, no de los puramente personales —respondió el abogado.

—Será mejor que no insistamos más, Sim —me aconsejó Angelika—. El señor Mengter ya nos ha dicho cuánto sabe.

—Excepto el domicilio de Jenkins —puntualicé.

Mengter arrancó una hoja de una agenda y escribió unas líneas.

—Ahí tiene su dirección, señorita Angelika —dijo, al entregarle el papel.

—Gracias, señor Mengter. Iremos a ver a Jenkins hoy mismo.

—Una buena idea. Jenkins estuvo muchísimos años al servicio del difunto señor Dennen.

—En esas condiciones —dije—, un criado tiene que saber muchas cosas de su amo.

—Así opino yo, señor Groff —contestó el abogado, con otra de sus horribles sonrisas.

Minutos después, Angelika y yo estábamos de nuevo en la calle.

—No hemos averiguado mucho —suspiró ella.

—Por lo menos, sabemos dónde vive Jenkins.

—Sí, eso es cierto, Sim.

Entramos en el auto. Di el contacto y arranqué. Al mirar por el espejo retrovisor para adentrarme en la corriente del tránsito, divisé un coche de color gris oscuro que se separaba de la acera.

De momento, no le di la menor importancia al incidente. Cinco minutos más tarde, otra mirada al retrovisor me hizo ver que el coche gris seguía nuestro mismo camino.

—Angelika.

—Dígame, Sim.

—No vuelva la cabeza. Nos están siguiendo.

—¡Oh!

Aceleré un poco. El automóvil gris aceleró también.

—Sí, confirmado —dije a poco—. Nos siguen.

—¿Quiénes son?

—Hombres de Closserman, seguro.

—Entonces... ¿iremos ahora a casa de Jenkins?

—No. Tenemos que buscar un medio para despistarlos. Agárrese

fuerte.

Durante algunos minutos, hice que el coche rodara a una velocidad normal. El otro nos seguía a unos cuarenta o cincuenta metros de distancia.

De pronto, nos acercamos a una travesía. Un enorme camión semirremolque asomó el morro por la calle transversal.

—Ahí voy, Angelika —murmuré, a la vez que, con toda rapidez, reducía las marchas. Engrané la segunda y luego hundí el acelerador a fondo.

El coche pareció partir disparado hacia adelante. Sorteé la acometida del camión con un ligero golpe de volante, pasando a escasos centímetros de su proa y luego enderecé para recobrar la línea recta.

Detrás de nosotros se oyó un enorme estrépito. Angelika volvió la cabeza.

—¡Se han estrellado contra el camión! —exclamó. Cambié a tercera y levanté el pie del acelerador.

—No se habrán hecho mucho daño, de todas formas —sonreí.

Miré por el retrovisor. El camión se había detenido. La gente acudía al lugar de la colisión. Nosotros ya estábamos libres de los perseguidores.

Jenkins vivía en una casa de aspecto más bien modesto, en el tercer rellano. Llamé al timbre y esperé, con Angelika a mi lado.

—Debe de estar fuera —observó ella, al notar la tardanza del viejo criado.

A mí me dio muy mala espina aquel silencio. Alargué la mano hacia el pomo, pero antes de tocarlo saqué un pañuelo.

—Angelika —dije—, en estos momentos no doy un centavo por la vida de Jenkins.

Ella se estremeció.

—No sea agorero, Sim —murmuró.

—Ahora lo veremos —dije, a la vez que empujaba la puerta—. Tendría que estar cerrada, ¿no cree?

Angelika se había puesto pálida. Sólo pudo contestar con un silencioso movimiento de cabeza.

El piso era de aspecto corriente. Muebles viejos, no antiguos, con el tapizado raído en algunos puntos y perdido el brillo que en tiempos recibieran en la fábrica. Olía a humedad, a casa descuidada

y poco ventilada.

Dos pies humanos asomaban por la puerta del pequeño salón contiguo a la entrada. Detuve a Angelika apenas vi aquello.

—No se mueva —ordené.

Angelika apretó los dientes para no chillar. Yo avancé cuidadosamente y miré por encima de los pies del cuerpo tendido en el suelo.

Jenkins tenía dos balazos en la espalda. Parecía como si hubiese tratado de huir del asesino, pero los proyectiles habían sido más rápidos que él. Sus uñas habían arañado un poco el suelo antes de morir instantes después de recibir los balazos.

Angelika se me acercó.

—Desgraciadamente, estoy acostumbrándome a las muertes violentas —dijo—. ¿Cómo lo mataron, Sim?

—A tiros, Angelika.

—Esta casa es vieja y de tabiques no excesivamente gruesos. Las detonaciones debieron de oírse.

—No cuando se usa silenciador —contesté.

—El piso está en orden, parece.

—Lo cual significa una cosa: Jenkins conocía a su asesino y no sospechó de él hasta que recibió el balazo mortal.

De pronto, Angelika lanzó una exclamación.

—¡Mire, Sim! ¡Una partitura musical!

Rodeé el cadáver y avancé hasta la mesa del comedor, pues Jenkins yacía a la entrada de dicha pieza. Encima de la mesa vi la partitura.

Leí el título.

—Angelika, es el mismo Concierto de Vivaldi —exclamé.

Ella frunció el ceño.

—¿Cree que será una clave, Sim?

Reflexioné un momento.

—No cabe la menor duda de que está relacionada con el tesoro de tío Oscar —contesté al cabo—. Bueno, yo le doy ese nombre, aunque, en realidad, ignoro si se trata verdaderamente de un tesoro.

Angelika se mordió los labios.

—Sim, creo que nos hemos olvidado de una cosa. Muy importante, a mi entender.

—Dígame de qué se trata —rogué.

—Las relaciones de tío Oscar. ¿No le parece extraño que un *gangster como Closserman haya tratado de raptarme, creyendo que yo sé algo de lo que mi tío pudo haber dejado al morir?*

—Eso es cierto —convine—. ¿Sabe si tío Oscar conocía a Closserman?

—No. Aunque lo cierto es que nunca le oí mencionar a ese *gangster*.

—Angelika, ¿su tío no tenía más amigos que Buddy Ecknor? —pregunté.

—Era el único que le visitaba de cuando en cuando. De todas formas, aunque tío Oscar me quería mucho, resultaba bastante huraño con los demás. Siempre fue un hombre muy introvertido, poco amigo de expansiones y parco en palabras.

—¿Qué tal se portaba con usted en el aspecto económico? ¿Era tacaño?

—No derrochaba el dinero, desde luego, pero tampoco era de los que regateaban los centavos. Oiga, no irá a pensar que era un usurero, ¿verdad? Al menos, conmigo y dentro de lo que se lo permitían sus medios, era desprendido y generoso.

Lancé un suspiro.

—Mucho temo que habremos de recurrir, y ahora va de veras, a los servicios de mi amigo el detective —dije—. ¿Nos vamos, Angelika?

—Sí, desde luego. Pobre Jenkins —se lamentó la chica de las manos de hada—. No se merecía una muerte tan canallesca.

—El que lo mató pagará su crimen —afirmé. La verdad, no estaba muy convencido de lo que decía, pero estimé que era preciso animar a Angelika.

Angelika esperó en el coche mientras yo hablaba por teléfono con mi amigo Johnny Jones desde una cabina pública.

—Tengo que, pedirte una cosa —dije, tras los primeros saludos—. Iría a verte a El Pato Calvo, pero no me atrevo después de lo que me dijiste el otro día.

—Apesta a Closserman —contestó Jones pintorescamente—. Si tienes jaleos con ese tipo, no asomes las narices allí para nada. ¿Qué te pasa ahora, Sim?

—Quiero hacerte un encargo. Por supuesto, abonaré la tarifa

fijada por tu agencia, Johnny.

—Olvidalo, Sim. Te lo haré a título de amigo. En todo caso, sólo te cobraré los gastos. ¿De qué se trata?

—Toma nota, Johnny. Oscar Dennon, sesenta y ocho años, soltero, residente en Lavery Road, doscientos diez.

—Ya está —contestó Jones a poco—. ¿Qué pasa con Dennon?

—Murió hace unos dos años. Investígame todas sus amistades. Cuando menos, las personas que tuvieron mayor relación con él.

—Sí. ¿Qué más?

—Tenía un criado, Caleb Jenkins. Acabamos de encontrarlo asesinado de dos balazos. La policía no lo sabe todavía, Johnny.

—¡Rayos! Sim, esto es más gordo de lo que creía.

—Yo también lo estoy viendo así, Johnny. ¿Harás lo que te pido?

—Cuenta con ello, Sim. ¿Eso es todo?

—Por el momento, sí. Llámame apenas sepas algo, Johnny.

—Descuida, Sim.

Colgué el teléfono y regresé al coche.

—Ya está —dije, al tiempo de dar el contacto—. Ahora sólo nos queda esperar.

—Y estudiar la partitura de Vivaldi, Sim —dijo ella.

—Es cierto —murmuré, mientras nos separábamos de la acera—. ¿Entiende algo de claves?

—No, Sim.

—Tendríamos que buscar a un experto en criptografía... pero yo no conozco a ninguno.

—¿Y su amigo el detective?

Reflexioné unos momentos.

—Es posible —contesté al cabo—. Le llamaremos cuando hayamos llegado a casa.

Miré a través del espejo retrovisor. Esta vez no nos seguía nadie.

CAPÍTULO IX

Transcurrieron veinticuatro horas.

Johnny Jones me dijo conocer a un experto en criptografía, por lo que le envié una de las partituras por correo, a fin de no estorbarle en sus investigaciones con una cita que le habría hecho perder tiempo. Entonces me di cuenta de que el frigorífico estaba agotando sus existencias.

Bajé a la tienda y compré comida en abundancia. Cargado con dos grandes bolsas llegué a la puerta de mi piso. Dejé una en el suelo para abrir la puerta.

Los sonidos del arpa llegaron inmediatamente a mis oídos. Angelika no había conseguido afinarla todavía y se afanaba en esa labor. Entré, cerré y me dirigí a la cocina.

Llené el frigorífico y volví al salón. Angelika se quejó del arpa.

—Ha estado abandonada demasiado tiempo —dijo. Señaló la partitura del concierto, colocada sobre el atril correspondiente—. He intentado tocarlo, pero me he horrorizado de mí misma. Lástima, porque es un arpa magnífica.

—Tendría que llamar a un especialista, ¿no cree?

—En el Conservatorio nos enseñaron a afinar el instrumento —respondió ella—. Supongo que la madera del armazón y de la caja de resonancia está todavía con la humedad de la casa de tío Oscar. Cuando se seque del todo, recobrará su sonoridad habitual.

—Bueno, no tenemos prisa —sonreí—. Mientras tanto, usted siga probando. ¿Tiene otra cosa que hacer? Verdad que no...

Angelika parpadeó de pronto.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Un chispazo de sol —dijo—. Alguien ha abierto una ventana en la casa de enfrente...

—Correré los visillos —dije, acercándome a la ventana.

El chispazo se repitió. Me extrañó, porque no procedía de

ninguna ventana.

Procedía del borde de la terraza del edificio frontero. Alguien nos observaba con unos prismáticos, deduje en el acto.

Corrí los visillos, que tenían la suficiente transparencia como para permitir la visión a su través desde un interior. Ahora, el observador que estaba en aquella terraza no podría vernos.

Para evitar alarmas innecesarias, oculté el detalle a la chica.

—Tengo que salir, Angelika —dije.

Ella, ocupada con el arpa, asintió distraídamente. Toqué el revólver que llevaba en el bolsillo y me dirigí hacia la puerta.

Minutos más tarde, alcanzaba el último piso del edificio situado al otro lado de la calle. Una escalera de peldaños metálicos conducía a la salida de la tenaza.

Abrí la puerta poco a poco. Arrodillado tras el parapeto, asomando solamente la cabeza, con unos prismáticos en la mano, estaba el observador.

Silenciosamente, pisando de puntillas, me acerqué a él y le toqué en el hombro. El tipo se volvió. Entonces le arreé un soberbio derechazo que lo tiró de espaldas al suelo.

Recogí sus prismáticos. Luego le registré.

Extraño, no llevaba armas.

Le contemplé con atención. Si trabajaba para «Doc» Closserman era alguno de los tipos con los cuales no me había enfrentado todavía. Pero ¿por qué no llevaba armas?

Esperé unos momentos a que recobrara el sentido. Cuando volvió en sí, se sentó en el suelo y me miró con cara de pocos amigos.

—¿Por qué me ha pegado? —preguntó de mal humor.

—Porque no me gustan los espías —respondí—. ¿Quién le dio orden de vigilar mi casa?

El hombre apretó los labios.

Yo me sentía un tanto perplejo. Primero, no llevaba armas; segundo, daba la sensación de ser un tipejo sin importancia.

A mí me parecía que Closserman no habría confiado en un sujeto de semejantes cualidades. Claro que también cabía la posibilidad de que hubiese encomendado la misión a uno de sus esbirros de confianza y éste, a fin de eludir eventuales responsabilidades, hubiera buscado al tipo sin darle demasiados

detalles.

Veinte dólares y unos prismáticos prestados habrían sido más que suficientes, a mi entender. Pero yo quería que el hombre confirmase mis sospechas.

—De modo que no quieres hablar, ¿eh? —dije en tono amenazador—. ¿Te gustaría que mañana apareciese la noticia de tu suicidio en los periódicos?

El hombre palideció. Me veía mucho más fuerte que él y sabía que podía lanzarle con toda facilidad por encima del parapeto.

La casa tenía dieciséis pisos. Se estrellaría contra el pavimento.

Intentó regatear.

—Bueno, pero deme algo de dinero —pidió desvergonzadamente.

—Salvas el pellejo y ya es suficiente —contesté, alargando ambas manos hacia las solapas de su chaqueta.

—¡Espere! —gritó, lleno de pánico—. Hablaré. Yo...

Detrás de mi sonó un ruido parecido al de una palmada dada con no demasiada fuerza. Delante de mí se oyó el horrendo sonido de un hueso frontal al ser atravesado por un proyectil.

El hombre cayó bruscamente de espaldas, como si hubiese recibido un puñetazo. Yo me tiré a un lado y rodé varias veces por el suelo de la terraza.

Pero no hubo más disparos. Al cabo de unos momentos, me atreví a asomar la cabeza por una de las esquinas de la caseta de ventilaciones tras la cual me había escondido.

La puerta de acceso a la terraza estaba cerrada. Miré al espía.

Yacía boca arriba, con los ojos desmesuradamente abiertos. Un reguero de color rojo corría lentamente hacia el desagüe más cercano.

Poniéndome en pie, corrí hacia el parapeto. Estuve mirando hacia la calle unos minutos, temeroso de ser sorprendido en cualquier momento con un cadáver junto a mis pies.

Pero no salió nadie. El asesino, a no dudarlo, estaba escondido en la casa.

Ahora bien, era un edificio de veintidós plantas con, por lo menos, cuatro o cinco departamentos por planta. Era imposible registrar más de un centenar de departamentos.

Sólo me quedaba una solución: regresar a mi casa y espiar desde

la ventana.

Fue tiempo perdido. De todos los que vi entrar y salir, ninguno me resultó lo suficientemente sospechoso como para creer que fuese el asesino del espía innominado.

—Tengo que salir —anuncié.

Angelika me dirigió una mirada llena de aprensión.

—¿Es necesario, Sim? —preguntó.

Ella sabía ya lo que había ocurrido en la terraza.

—Sí, Angelika.

—¿Adónde va usted?

—Hay un tipo que nos está dando la lata con demasiada asiduidad. Voy a ver si le convengo de que, por fin, nos deje en paz.

—¿Closserman?

—El mismo —confirmé.

—Esta vez estará prevenido, Sim.

—Lo sé. Pero voy a darle una buena lección. No tema, Angelika. Usted no se mueva de casa ni abra a nadie, aunque sea Johnny Jones. Si éste viniera a verme, dígame que baje a un teléfono y que le comunique a usted las noticias que tenga que darnos. ¿Ha comprendido?

—Desde luego, Sim. Llámeme apenas haya terminado —rogó.

—Descuide, Angelika.

Estaba furioso, aunque procuré calmarme por el camino. La ira no era buena consejera.

De pronto, se me ocurrió una idea. Desvié mi ruta y me dirigí a la tienda de artículos de broma.

Esta vez me atendió un muchacho de unos veinte años, de aspecto agradable.

—¿No está el dueño? —preguntó, extrañado.

—Ha salido —contestó el muchacho—. Si quiere dejarle algún mensaje, yo se lo daré con mucho gusto. Soy su hijo.

—Ah —contesté, sonriendo—. No le conocía a usted. De todas formas, lo pregunté sólo por mera curiosidad. Sólo quería comprar una pistola de agua.

—Yo mismo le atenderé —contestó el muchacho—. Estoy haciendo el servicio militar y me han dado un mes de permiso —explicó, mientras hurgaba en las estanterías—. Ayudo a mi padre y... Aquí está su pistola, señor. Son dos dólares con veinte centavos.

Pagué religiosamente el importe de la compra.

—¿Se la envuelvo, señor?

—No es necesario —contesté—. Voy a cargarla en la primera fuente pública que me encuentre al paso. Saludos a su padre, muchacho. Ah, dele mi nombre. Soy Groff, el escritor.

—Sí, señor Groff. He tenido un gran placer en conocerle.

Abandoné la tienda. Poco después cargué la pistola, pero no de agua en su totalidad.

Handy Rye atisbo a través de la mirilla y soltó un juramento.

—Usted otra vez —masculló.

Enseñé la bomba con la mano izquierda.

—Abre o la suelto —dije amenazadoramente—. La puerta es blindada, así que a mí no me pasará nada.

El canijo abrió más que aprisa. Cuando lo hizo, se encontró con la pistola de agua bajo sus narices.

—Camina delante de mí o te levanto la tapa de los sesos.

Rye hervía de rabia impotente. «Seboso» y «Tiras» estaban en el antedespacho.

Volví a levantar la mano izquierda.

—Esto es una bomba de mano —anuncié—. ¿Necesitan más explicaciones?

Los dos rufianes permanecieron mudos.

—Voy a entrar ahí —continué—. Naturalmente, pueden liarse a tiros conmigo, pero la bomba se escapará de mis manos apenas caiga yo. Imagínese el resto.

Pálidos de rabia, permanecieron en sus puestos sin mover una pestaña, mientras el canijo abría la puerta.

—Quédate afuera —ordené, sin concederle siquiera una mirada.

Crucé el umbral. Closserman me aguardaba ya.

Tenía una pistola en la mano y me apuntaba con ella al pecho.

—Será mejor que deje el arma en el cajón de su mesa —aconsejé—. En cuanto apriete el gatillo, soltaré la bomba.

Closserman obedeció, pálido de rabia. Luego puso las manos sobre la mesa.

—Hable, maldita sea —gruñó.

Me acerqué a él y me senté con aire intrascendente en un ángulo de la mesa.

—Enséñeme su pistola —pedí.

—¿Para qué quiere verla? —preguntó, asombrado.

—Hoy mismo se ha cometido un asesinato —manifesté—. Sospecho de usted, dicho sea por amor a la verdad.

CAPÍTULO X

Closserman sacó su pistola y la arrojó encima de la mesa.

—¿Es ésa el arma del crimen? —inquirió.

Lancé una ojeada a la pistola.

—¿Y el silenciador? —pregunté.

—No lleva. No lo he usado jamás.

—Le gusta el ruido, ¿eh? ¿Dónde está la pistola que lleva debajo de la chaqueta?

Closserman se abrió la chaqueta.

—Estoy desarmado —declaró.

Me sentí desconcertado. Closserman parecía sincero.

Pero con un tipo como aquél, uno no podía sentirse tranquilo. Señalé el interfono y dije:

—Llame a sus esbirros y dígales que traigan sus pistolas y que las dejen encima de la mesa.

—Le aseguro que...

—¡Haga lo que le he dicho! —corté, tajante.

—Por ahora, tiene usted la sartén por el mango —masculló el forajido—. Espere a que cambien las tornas.

—Ruegue porque no empeoren para usted —contesté, tan fresco, a la vez que me separaba de la mesa.

Uno tras otro, «Seboso», «Tiras» y el canijo entraron y, en silencio, depositaron su artillería sobre la mesa. Yo estaba situado a prudente distancia, con la bomba en alto.

Eran unos tipos sensatos. Sabían que podían matarme, pero la granada estallaría apenas se desprendiera de mis dedos. Sin hacer el menor comentario, aunque, eso sí, fulminándome con la mirada, salieron del despacho y nos dejaron solos nuevamente.

—Cómo puede ver, tampoco ninguno de mis muchachos usa silenciador —dijo Closserman.

—Pero falta uno. Estaba aquí la última vez que vine a verle. Fue

el que atenté junto con Roy Alsten.

—Es Danny Auckland. No está aquí ahora.

—Entonces, Auckland es el autor del asesinato.

—Auckland tampoco usa silenciador —insistió el *gangster*.

—¿Pretende que me crea un bulo semejante? —exclamé—.

Sorprendí a su espía. Estaba vigilándome con unos prismáticos desde la casa de enfrente. Me di cuenta y lo atrapé con las manos en la masa. Le obligué a hablar. Cuando iba a confesarme el nombre de la persona para quien trabajaba, alguien le pegó dos tiros. Tuvo que ser Auckland y nadie más. Auckland —continuó—, fue a verle para recoger los informes de sus observaciones. Cuando se dio cuenta de que el espía iba a hablar, le pegó un tiro. ¿Está claro?

—Insisto en que no fue Danny —habló Closserman una vez hube terminado yo mi explicación—. Ha tenido que hacer otras cosas y, por supuesto, ni siquiera ha estado en las inmediaciones de su domicilio. —Los ojos del pandillero fulguraron de pronto—. Me gustaría saberlo, palabra.

—Para darme un buen susto, ¿verdad? —De nuevo volví a sentarme en la mesa—. «Doc», ¿por qué tiene usted tanto interés en la arpista?

—Esa chica vale seiscientos mil dólares, Sim.

Me quedé parado.

—¡Embustero! —le apostrofé, cuando hube recobrado el habla.

Closserman meneó la cabeza lentamente.

—Estoy diciéndole la verdad —contestó—. La arpista, sabe, o debe de saber, al menos, dónde está esa suma.

Entrecerré los ojos.

—¿Era de tío Oscar? —inquirí.

—No.

—¿Entonces...?

—Le explicaré, Sim. Hace diez o doce años, se cometió un importante atraco. Los ladrones asaltaron un Banco y se llevaron millón y medio de dólares. Uno de ellos se llamaba Ronald Bentley y era amigo de Oscar Dennen. Su parte ascendía a seiscientos mil y los escondió. Cuando le atraparon, se negó rotundamente a decir dónde estaba el dinero.

«Mejor dicho, negó siempre haber tomado parte en el asalto, pero las evidencias estaban en su contra. Fue a parar a la cárcel

para veinte años, pero sólo estuvo diez o doce por buena conducta. Al salir, hace relativamente poco, Dennon lo acogió en su casa. Bentley tenía ya muy quebrantada la salud y murió a los pocos meses. Estamos seguros de que Oscar supo dónde estaba el dinero... y lo dejó escrito en alguna parte.

—Creo que voy comprendiendo —dije—. Usted sospecha que tío Oscar dejó alguna carta para su sobrina.

—Sí, así tuvo que ocurrir —confirmó el *gangster*—. *Es muy probable que ella no lo sepa, de un modo directo, pero puede que sí sepa algo de esa carta o mensaje secreto. No queríamos secuestrarla para pedir un rescate, sino solamente para interrogarla. Una vez hubiésemos conocido el paradero del botín, la habríamos puesto en libertad. Ésa es la verdad, lo crea o no, Sim —concluyó el forajido.*

El tono de Closserman era de una sinceridad absoluta. Sin embargo, estimé, había un punto débil en su relato.

—Y usted, ¿cómo conocía tantos detalles de Oscar Dennon? —preguté.

—Me lo contó mi hermano. Él también intervino en el asalto.

—¿Dónde está ahora su hermano?

—Murió. Intentó evadirse de la cárcel y le salió mal.

—Así que Bentley era amigo de Dennon —murmuré.

—Se conocían de toda la vida, creo, pero ya no sé más detalles —contestó Closserman—. De una cosa puede estar seguro, Sim: ninguno de mis hombres ha matado al espía.

—Le concederé el beneficio de la duda, «Doc» —manifesté—. Pero voy a hacerle una advertencia. No me sigan, déjenos en paz a la arpista y a mí... o lo pasarán muy mal.

—Ahora que lo sabe, querrá quedarse todo el dinero —dijo Closserman insultantemente.

Iba a contestarle que no, pero recordé mi papel y sonreí.

—Usted, ¿qué cree? —contesté, a la vez que me levantaba de la mesa.

—Conseguiremos el dinero —afirmó el tipo.

Le apunté con la pistola.

—Voy a hacerle una advertencia —dije—. Suave, desde luego. La próxima carecerá de suavidad, «Doc».

Apreté el gatillo de mi pistola de agua.

Realmente, no fue todo agua lo que brotó por el cañón. Era una mezcla de agua, amoníaco y tinta violeta. Le puse perdido desde la barbilla al estómago, aunque evitando detalles sádicos, no le mojé la cara para no dañarle los ojos.

De todas formas, aunque muy diluido, los vapores del amoníaco le hicieron lagrimear y toser en abundancia.

Mientras efectuaba un recorrido por las palabras prohibidas del diccionario, me dirigí a la puerta y salí del despacho.

El canijo se engalló.

—Las cartas están ahora de su lado, pero un día...

A Rye sí que le tenía rabia. Con él no dudé y le manché la cara por completo. El canijo empezó a chillar como un energúmeno, mientras los otros nos contemplaban boquiabiertos.

—Cuidado, sigo teniendo la bomba —dije, para evitar posibles reacciones.

Desde luego, no reaccionaron. El asombro les dejó paralizados.

Y yo aproveché la ocasión para largarme de allí, antes de que las cosas se torcieran. Me habían salido bien y no tenía ganas de continuar tentando a la suerte.

—De modo que el viejo Bentley se convirtió en atracador —murmuró Angelika después de que le hube hecho un relato completo de mi visita a Closserman.

—Así parece —contesté, mientras me paseaba por el salón con un vaso alto en la mano—. Seiscientos mil dólares, Angelika, de eso se trata.

—Pero yo no tengo la menor idea de que tío Oscar protegiese a un bandido —alegó ella—. Ni siquiera sabía que Bentley hubiese atracado el Banco... Hacía muchísimos años que no le veía...

—¿Cómo? ¿Le conocía usted? —exclamé, sorprendido.

—Por supuesto, aunque de una manera superficial. Claro está que, cuando dejó de acudir a casa, yo tenía unos once o doce años, no recuerdo exactamente. El caso es que no me preocupé demasiado de él, Sim. Ciertamente —agregó Angelika—, sus visitas no eran tampoco demasiado frecuentes. Venía por casa una vez al año, más o menos.

—Es curioso —murmuré—. No concibo a su tío protegiendo a un atracador... aunque, claro está, Bentley había salido ya de la cárcel.

—Sí, también yo lo encuentro raro. El viejo Bentley... de

afinador a ladrón de Bancos.

Detuve mis paseos y la miré fijamente.

—¿Qué es lo que ha dicho, Angelika?

—Afinador, Sim. Bentley venía a casa por razones de su oficio. Afinaba el piano y el arpa. Era de los mejores, créame.

—Sí, desde luego... aunque me gustaría saber por qué se metió a salteador: Un hombre que es honrado toda la vida no cambia tan bruscamente si no es por un poderoso motivo, Angelika.

—Yo también lo creo así —convino ella pensativamente—. Pero ahora, ni tío Oscar ni el viejo Bentley están con vida para explicarnos exactamente lo que sucedió.

—Bentley debió de confiarse plenamente con tío Oscar. Ahora bien, tío Oscar, creo, supondría que podría resultarle peligroso para él hacer un alarde repentino de dinero, máxime cuando la policía tendría vigilado a Bentley. Por tanto, opino que escribió un mensaje para que usted pudiera disfrutar un día de ese dinero.

Angelika hizo un gesto de repugnancia.

—Dinero precedente de un robo —exclamó—. No lo tocaría ni aunque me estuviese muriendo de hambre.

Yo sonreí, satisfecho de sus palabras.

—De todas formas, algo le tocará a usted si lo encuentra —dije.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—El Banco robado se alegrará muchísimo de recobrar una suma que tienen perdida desde hace tiempo... Mejor dicho, la compañía de seguros que abonó el importe del robo. En un caso así, siempre pagan una buena recompensa por la devolución del botín. Y usted no debe rechazarla, porque ese dinero, el que le entreguen, tendrá una procedencia absolutamente legal.

—Veremos —contestó Angelika cautamente.

El teléfono sonó en aquel momento.

—Perdón —dije, acercándome al aparato.

Era mi amigo el detective.

—He entregado la partitura a un criptógrafo —me informó—. Te avisaré apenas sepa algo al respecto.

—Muy bien, Johnny. ¿Puedes darme más noticias?

—Hasta cierto punto. Tu amigo Oscar Dennon tenía pocas amistades, que yo sepa. Antes de morir tuvo hospedado en su casa a un tal Ronald Bentley...

—Conozco todo lo relativo a ese sujeto —dije—. Continúa, Johnny.

—Bueno, también se relacionaba con un abogado llamado Mengter. Supongo que para cuestiones legales, simplemente.

—Sí, también lo sé, Johnny. ¿Nada más?

—Lo siento, Sim. Cuento con muy pocos elementos que me permitan investigar más a fondo.

—Jenkins, el criado, tendría familiares, supongo —dije.

—No. Era otro viejo búho solitario. Dejó la casa cuando murió el dueño. Creo que Dennon le dejó un par de miles en su testamento y con eso y algunos ahorrillos debió ir tirando hasta que lo liquidaron. Por ahora, es todo lo que puedo decirte, Sim.

—Gracias, Johnny. Cuando termines, envíame la factura.

—Está bien, Sim.

Colgué el aparato.

—No hemos adelantado mucho —dije desanimado.

Angelika se me acercó, con la sonrisa en los labios.

—Me gustaría saber por qué se toma tantas molestias por mí —dijo.

—También a mí me gustaría saberlo —contesté.

Callamos durante un momento. Luego tomé un trago. No quería carraspear.

—Se me está ocurriendo una cosa —dije a poco.

—¿De qué se trata, Sim? —preguntó ella.

—Otra excursión a la casa de tío Oscar —sugerí.

Angelika lanzó una mirada hacia la ventana. Ya era de noche cerrada.

—Si siente aprensiones... —empecé a decir.

Ella me interrumpió en el acto.

—No —dijo en tono firme—. Vamos allí, Sim. Permita que me cambie de ropa; quiero llevar algo cómodo.

—Por supuesto —accedí cortésmente.

Mientras ella cambiaba de indumentaria, yo tomé el revólver. La pistola de agua no era un arma recomendable para la excursión que planeábamos realizar.

CAPÍTULO XI

Las nubes corrían velozmente en un cielo oscuro, con apariencias tormentosas. De cuando en cuando, la luna asomaba por un claro, aliviando un tanto el tétrico aspecto de la noche.

Las ramas del roble se agitaban fuertemente y golpeaban a veces los cristales de la ventana del piso superior. Un relámpago brilló entre las nubes cuando detenía el coche y la casa de tío Oscar destacó, negra y siniestra, contra el brevísimo resplandor cárdeno que duró tan sólo fracciones de segundo.

El relámpago no vino acompañado de trueno alguno. Quitó el contacto y abrí la portezuela del coche.

Me toqué el bolsillo derecho de la chaqueta. El contacto con la pistola alivió no poco mis temores. Angelika esperó al otro lado a que me reuniese con ella.

Esta vez llevaba una linterna de mayor tamaño. Con ella nos guiamos hasta llegar a la puerta de la mansión.

Angelika abrió el bolso y sacó la llave. Antes de que la insertara en la cerradura, la puerta se abrió por sí sola.

Los goznes, faltos de grasa, chirriaron siniestramente. Angelika exhaló un grito de miedo.

—¡Sim!

La casa estaba completamente a oscuras. Moví la linterna, alumbrando el vestíbulo. La verdad, no las tenía todas conmigo en aquel momento.

Adelanté el pie izquierdo. La puerta giró de repente en sentido inverso. Si me descuido, me aplasta las narices.

El golpe resonó fuertemente, con lúgubres ecos. Entonces comprendí lo que sucedía.

—No hay fantasmas, Angelika —dije—. La puerta quedó abierta la otra noche y por alguna parte, quizá en el piso superior, hay también alguna ventana abierta. La corriente de aire es lo que ha

movido la puerta, simplemente.

—Acepto su explicación, aunque sólo en parte, Sim —contestó ella, algo más tranquila.

—¿Por qué dice eso, Angelika?

—Cerré la puerta la última vez que estuvimos aquí; estoy completamente segura —afirmó ella.

—Entonces, alguien ha entrado y se la ha dejado mal cerrada.

—Por supuesto, Sim.

Volví a abrir la puerta. Busqué el conmutador y la lámpara central se encendió en el acto.

Lo primero que hice fue fijarme en el suelo.

—Mire, Angelika; el suelo está completamente limpio —exclamé, asombrado.

Ella no se sentía menos extrañada que yo. El entarimado, aunque no tan brillante como en otros tiempos, ofrecía un aspecto muy decoroso.

—«Pies Grandes» no quiere dejar huellas esta vez —murmuré.

—¿Se ha fijado usted en los pies de Closserman? —me preguntó ella.

—Pues...

Arriba sonó de repente un golpe seco. Angelika emitió un grito de susto.

—Es la ventana abierta —mascullé—. Vamos a cerrarla de una vez.

Subimos paso a paso. Cerca del final de la escalera vimos una puerta abierta.

—Es uno de los dormitorios —indicó Angelika.

Me asomé a la puerta. Era una pieza grande, aunque no tanto como la de la abuela de Angelika.

Las cortinas ondeaban en la ventana abierta. Encendí la luz, crucé la estancia y aseguré los postigos.

—Ya no habrá más portazos —dije, mientras me volvía hacia la arpista—. Seguramente...

Me puse pálido de repente. Angelika no estaba en la habitación.

—¡Angelika! —chillé, sin poder contenerme.

Corrí hacia la puerta. Ella gritó en la habitación contigua.

—¡Venga, Sim!

En dos zancadas alcancé la otra puerta. Respiré aliviado.

Angelika no había sufrido el menor daño.

Los daños, sin embargo, estaban en la habitación, un viejo despacho de trabajo, a juzgar por el mobiliario.

Pero alguien había estado antes que nosotros y había revuelto todo de una manera escandalosa. Los cajones de la mesa y del armario yacían por el suelo de cualquier manera, en medio de un impresionante revoltijo de papeles viejos. Los cuadros de las paredes aparecían vueltos del revés y había decenas de libros tirados por el suelo.

La tapicería de las sillas y sillones aparecía desventrada. Los muelles sobresalían entre el relleno. El destrozo era prácticamente total. Incluso, en algunos puntos, había sido rasgado el papel que cubría las paredes.

—Una buena labor —dije al cabo, cuando me hube recobrado de la impresión sufrida.

—¿Habrá encontrado algo «Pies Grandes»? —musitó Angelika.

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? Lo que sí es seguro es que ha estado aquí... y que anda loco por los seiscientos mil dólares.

—Me gustaría encontrarlos para dar fin de una vez a este complicado asunto —dijo ella desanimadamente.

—Ha costado tres vidas ya —murmuré—. Ojalá no muera más gente.

—No sea pesimista, Sim —me reprochó ella—. ¿Nos vamos ya?

Hice un signo afirmativo.

Allí era imposible buscar nada. Primero, porque no sabíamos ni siquiera en dónde debíamos buscar. Segundo, si «Pies Grandes» fuese quien fuese, había conseguido su objetivo, nosotros estábamos perdiendo el tiempo allí.

Salimos del despacho. Cuando llegábamos a la escalera, vimos que se abría la puerta.

Tres hombres entraron en la casa. Closserman, «Seboso» y el canijo.

Handy Rye lanzó un aullido de rabia al vernos. Inmediatamente, sacó su pistola y la emprendió a tiros contra nosotros, sin previo aviso.

En aquel momento, lo confieso, me olvidé de que yo también tenía un arma. Lo único que se me ocurrió era que teníamos que

poner pies en polvorosa si queríamos salvar la vida.

El primer proyectil silbó por encima de nuestras cabezas y se clavó en la pared del corredor.

—¡Huyamos, Angelika! —grité, a la vez que agarraba su mano.

El instinto hizo que nos agacháramos, eludiendo así el segundo disparo. Closserman gritaba algo, pero no conseguimos entender sus palabras.

Tampoco nos interesaba demasiado, a decir verdad. Al segundo disparo, se me ocurrió una idea.

—El dormitorio de la abuela, Angelika —grité.

Corrimos desesperadamente, perseguidos por los proyectiles que disparaba el canijo, enloquecido por la furia. Alcanzamos la pieza señalada y nos colamos en ella de un salto.

—La puerta secreta —dije.

Angelika ya conocía el modo de hacerla funcionar. Yo permanecí a su lado, revólver en mano, recobrada ya la serenidad perdida, por si los forajidos aparecían antes de que nos hubiésemos escondido.

Ella abrió por fin.

—Adentro, Sim.

Nos colamos por la abertura. La puerta secreta se cerró en el acto y la oscuridad cayó sobre nosotros.

—Esperemos aquí, es lo mejor —dije en voz baja.

—De acuerdo, Sim.

Un segundo después, escuché la voz de «Seboso».

—Aquí, jefe —gritó.

Oímos con claridad sus pisadas. Luego, el canijo soltó un juramento.

—¡Rayos, no hay nadie!

—Se habrán escapado por la ventana... —sugirió «Seboso».

—Están todas cerradas, imbécil —dijo Closserman de mal humor—. Handy, a lo mejor este dormitorio tiene comunicación con alguna habitación contigua. Vamos a verlo tú y yo. Roy, quédate aquí.

—Sí, jefe.

Los dos bandidos se alejaron. «Seboso» quedó solo en la habitación de la abuela.

Escuchamos ruidos de muebles sacudidos sin contemplaciones.

El pandillero nos buscaba frenéticamente.

De pronto, oímos unos golpes en la pared.

«Seboso» no era tan tonto como parecía. Sospechaba la existencia de alguna puerta secreta y trataba de encontrarla.

Por el ruido de sus golpes calculé la distancia. Cuando estaba a punto de llegar cerca de nosotros, me situé con la espalda apoyada en la puerta.

La presión de mi cuerpo hizo que los golpes sonaran casi normales. Ya no había hueco, aparentemente, en aquel lugar. No obstante, «Seboso» no quedó muy satisfecho y repitió los toques con los nudillos varias veces.

Por fin, escuchamos los golpes un poco más allá. Luego oí un juramento.

—¡Al diablo! Aquí no hay nada...

Luego escuché un levísimo chasquido. «Seboso» estaba encendiendo un cigarrillo.

Entonces se me ocurrió una idea. Muy lentamente, abrí una rendija y miré a su través.

El pandillero estaba a tres pasos, vuelto de espaldas, con un cigarrillo entre los labios. Los dedos de Angelika se clavaron en mi brazo.

Terminé de abrir la puerta y salí, agarrando el revólver por el cañón. Antes de que «Seboso» se apercibiera de mi presencia, descargué el golpe.

—Angelika, recoja su sombrero y el cigarrillo —dije, mientras arrastraba al desvanecido *gangster hacia el escondite*.

Ella obedeció prestamente. Dejé a «Seboso» sobre las escaleras del tramo superior y cerré la puerta. Acto seguido, encendí la linterna.

Registré a «Seboso» y le quité la pistola. Instantes después, escuchamos una voz en el dormitorio.

—¡Roy, vámonos!

Luego, silencio.

—¡Roy! ¿Dónde diablos te has metido? —gritó el canijo. Se notaba el temor en su voz.

—¿Qué sucede, Handy? —preguntó Closserman desde más lejos.

—¡¡Roy!! —chilló el pistolero.

Sonaron pasos precipitados.

—Handy, ¿qué infiernos pasa aquí? —preguntó Closserman de mal talante.

—También a mí me gustaría saberlo, jefe —respondió Rye—. Roy no está...

—Se habrá ido a otro dormitorio y no nos puede escuchar. Bien, quédate aquí; yo iré a buscarle. ¡Maldito imbécil! ¡Le dije que no se moviese...!

Closserman se alejó. De nuevo volví a entreabrir una rendija.

El canijo estaba a cuatro pasos, con la pistola en la mano. Me dio la sensación de que se sentía muy nervioso.

Cuando quiso darse cuenta de lo que le ocurría, mi brazo izquierdo le ceñía el cuello, a la vez que con la otra mano le arrebatava la pistola. Rye pateó furiosamente, pero poco podía hacer contra mí. Continué apretando hasta que perdió el sentido.

El canijo se reunió con su compañero.

—Menudo susto se va a llevar Closserman —dijo Angelika divertidamente.

—Sí, pero nosotros no vamos a esperar a ver la cara que pone —dije—. Vámonos.

Descendimos la escalera y salimos al exterior. La excursión había terminado en un fracaso.

El coche de los bandidos estaba parado junto a la acera. Corrimos hacia allí y mientras Angelika se dirigía hacia el mío, yo deshinché dos de los neumáticos del automóvil de Closserman.

Debía de estar volviéndose loco buscando a sus esbirros. Le costaría encontrarlos, por supuesto.

Angelika estaba desanimada.

—No hemos hallado nada, Sim —dijo.

—Lo siento. Tendremos que buscar por otra parte.

—Sí, pero ¿por dónde?

La verdad, no tenía respuesta para aquella pregunta.

—Tengo la mente vacía, Angelika —confesé—. No se me ocurre ninguna idea aceptable.

Así, con el amargo sabor del fracaso, regresamos a casa. La hora era ya muy avanzada, por lo que, sin más dilaciones, nos fuimos a dormir. Yo estaba cansado y me quedé dormido como un leño apenas apagué la luz.

CAPÍTULO XII

Por el momento, la única solución que teníamos era esperar la llamada de mi amigo el detective. Yo estuve haciendo el borrador, en extracto, de uno de mis próximos originales y ello me llevó buena parte de la mañana.

Cerca de mediodía, Angelika, que seguía forcejeando con el arpa, sin conseguir que sonase como ella deseaba, me dio una noticia.

—Mire, Sim —dijo, enseñándome la partitura del concierto de Vivaldi.

—¿Qué sucede, Angelika? —pregunté.

—Esta partitura. No es impresa, sino que está hecha a mano.

—Sí, se ve enseguida, incluso por un profano como yo. ¿Y bien?

—Fue copiada por Bentley. Vea lo que pone al final: «Transcripción de R. Bentley»...

El teléfono sonó en aquel momento. Levanté el aparato y lo acerqué a la oreja.

—Habla Groff —dije.

—Soy Johnny. Tengo noticias para ti —manifestó mi amigo el investigador.

—Está bien, adelante.

—El experto en criptografía me ha dicho que no hay clave alguna en la partitura musical. Lo siento, Sim.

—Vaya una noticia —refunfuñé.

—Todavía no he acabado —dijo mi amigo—. ¿Has hablado con el abogado Mengter?

—No —exclamé sorprendido—. ¿Por qué iba a hablar con él? No tiene nada que ver con todo este asunto...

—Según se mire, claro. Yo lo decía por si Mengter podía facilitarte algún dato de Bentley.

—Pero ¿qué diablos tiene que ver...?

—Sim, Mengter defendió a Bentley cuando éste fue acusado del robo del Banco.

—Ah, entiendo. Bueno, eso ocurrió hace doce años lo menos y ya ni se acordará de Bentley. De todas formas, es una posibilidad de hacer algo. Gracias, Johnny. Envíame la factura cuando quieras.

—Los gastos solamente, Sim, como te dije. Adiós y... buena suerte.

Colgué el teléfono.

—La partitura no contiene ninguna clave —manifesté—. Mengter fue el defensor de Ronald Bentley cuando éste fue acusado del atraco.

Angelika hizo un gesto de desdén.

—No nos sacará de apuros, Sim —contestó.

—Lo mismo pienso yo —dije, alargando la mano hacia la caja de cigarrillos.

De pronto, se me ocurrió una idea.

Busqué en la guía telefónica el número de Closserman. Minutos después, estaba en comunicación con el forajido.

—¿«Doc»? —pregunté.

—¿Quién es? —contestó el rufián.

—Sim, el de la bomba.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Closserman dijo:

—Sim, ¿ha oído usted hablar alguna vez de guerra sin cuartel?

—Sí, «Doc».

—Bien, considérela declarada. No habrá más avisos; le llenaremos el cuerpo de plomo apenas le veamos.

—No se olvide de la bomba, «Doc» —le recordé amablemente.

—No le daremos tiempo a emplearla, Sim.

—¿Está seguro? Oiga, ¿han devuelto los fantasmas a sus compinches?

Sonó una maldición.

—Usted encontró la puerta secreta, Sim —dijo Closserman.

—Lo admito. Menudo miedo debió de pasar, ¿eh?

—No creo en los fantasmas. Lo único que tuve que hacer fue esperar en la calle. Roy y Handy aparecieron al poco rato.

—Y se tuvieron que volver a pie, ¿verdad?

—Oiga, Sim, esto no es cosa de broma. Nos lo cargaremos apenas tengamos ocasión. Eso es todo. Adiós.

Devolví el teléfono a la horquilla y miré a Angelika.

—Closserman está que muerde —dije sonriendo.

—Tenga cuidado con él —contestó ella, con la cara cubierta de sombras de aprensión.

—Me llevaré la bomba por si acaso.

—¿Y si se enteran que es de broma?

—No lo creo, Angelika. Bien, voy a ver al abogado. Espéreme aquí, como de costumbre.

—Aquí estaré, Sim —prometió ella—. Vuelva pronto, se lo ruego.

—Sí, Angelika.

Mengter me recibió con amable cortesía. Después de los primeros saludos le expliqué mis deseos.

—Sí —admitió—. Yo defendí a Bentley. Pero de eso hace ya lo menos doce años.

—Seiscientos mil dólares desaparecieron entonces y no han sido hallados jamás. ¿Qué sabe usted del asunto, abogado Mengter?

—Nada, señor Groff —contestó el leguleyo—. Bentley no se quiso confiar a mí. Resultó un cliente muy difícil. No le importaba que le condenasen, me dijo en cierta ocasión. El Banco hubiera hecho un arreglo con tal de recobrar el dinero y Bentley podía haber salido del paso con una pena muy leve, pero su obstinación le acarreó una sentencia de veinte años.

—Resulta incomprensible que un hombre que había vivido honradamente toda su vida se meta de pronto a ladrón —dije—. Esa clase de hombres normalmente pueden cometer un asesinato, en un momento de pasión o arrebato, pero ya resulta más difícil entender su participación en un atraco que, al ser ejecutado por varios más, tuvo que tener un plan previo cuidadosamente estudiado. Esto le dio tiempo para reflexionar acerca del mal paso que iba a dar... pero no se arrepintió, a lo que veo.

Mengter sonrió con aire benigno.

—Voy a hacerle una confidencia, señor Groff —dijo—. Espero que no divulgue mi secreto, máxime cuando sus protagonistas han muerto ya.

—Sí, abogado.

—Bentley fue uno de los autores del atraco. Pero ¿sabe usted quién lo planeó?

—No tengo la menor idea, señor Mengter.

—El autor del plan del atraco al Banco fue Oscar Dennen.

Mengter hizo una corta pausa.

—No obstante, tuvo la suficiente habilidad para mantenerse al margen. Sus cómplices no le delataron y, además, tampoco hubieran encontrado pruebas contra él. Pero no cabe la menor duda de que Dennen planeó el atraco.

—Me deja usted pasmado —confesé.

—Así sucedió —sonrió el abogado—. Y eso tiene una explicación.

—¿Sí? —murmuré.

—Aparentemente, resulta extraño que dos hombres de una honorabilidad intachable se vean mezclados en un asunto tan sucio. Pero tanto Dennen como Bentley estaban resentidos contra el Banco... Mejor dicho, contra el presidente de la junta de accionistas y director de la entidad.

—¿Por qué, señor Mengter?

—Ese individuo, me refiero al presidente, dirigía años atrás otro Banco, el cual se declaró en quiebra. Parece ser que fue una quiebra fraudulenta, aunque eso sí, muy bien amañada, de tal modo, que el culpable de la misma quedó exonerado de toda responsabilidad. Dennen y Bentley sostenían la teoría de que aquel sujeto se había quedado con sus ahorros de toda la vida... y, bien mirado, no les faltaba razón, porque al poco tiempo, aquel individuo volvió a levantar cabeza y se erigió en presidente de la otra entidad.

«Dennen decía haber perdido unos doce mil dólares. Las pérdidas de Bentley ascendían a cerca de nueve mil. Ello les hizo sentir resentimiento contra el autor del desafuero y decidieron tomarse la justicia por su mano. ¿Lo comprende ahora, señor Groff?

Hice un signo afirmativo.

—Perfectamente, abogado —contesté—. Ahora, las cosas están mucho más claras, sólo que el dinero continúa sin aparecer.

Mengter se encogió de hombros.

—Lo siento. Hasta ahí he llegado. No puedo pasar más adelante, créame, amigo Groff.

—Sí, claro...

Me puse en pie.

—Ha sido una conversación muy instructiva —manifesté—.

Gracias por sus atenciones, señor Mengter.

—Siempre a su disposición —sonrió el abogado, a la vez que salía de detrás de su mesa para acompañarme hasta la puerta.

—No es necesario que se moleste —dije.

—Por favor...

Mengter dio unos pasos hacia la puerta. Ocurre muchas veces; se baja la vista sin saber por qué y...

Así lo hice yo y entonces vi los pies del abogado, enormes, desmesurados... unos pies que, seguramente, debían de requerir zapatos hechos a medida, porque no los encontraría ya hechos en el comercio.

El descubrimiento me trastornó de tal manera, que casi no me di cuenta de lo que hacía, hasta que me encontré en la calle. Podía ser una coincidencia, claro, pero...

Las dudas mordían mi mente. Sin embargo, cada vez que lo pensaba, mis sospechas iban dejando paso a la certidumbre. ¿Quién sino Mengter podía ser el autor de...?

Un hombre se pegó súbitamente a mi costado izquierdo y apoyó su mano en el bolsillo de aquel lado. A mi derecha, Jack el «Tiras» dijo:

—No toques la bomba o te freímos a tiros.

—¿Ves ese coche parado junto a la acera? —murmuró «Seboso». Ahí tienes un asiento. Ocúpalo sin rechistar, te conviene.

Me había dejado sorprender estúpidamente.

Closserman no era tonto. Debía de haber calculado que yo acabaría por visitar un día u otro a Mengter y había apostado allí a un vigilante.

El resto es fácil de imaginar. Resignado a lo inevitable, avancé hacia el automóvil.

Una hora después, el vehículo se detuvo ante una casa aislada en medio del campo. Era bastante lujosa; sin duda, la residencia de verano de Closserman. Un frondoso jardín, con numerosos árboles, la envolvía casi por completo, ocultando su estructura a la vista de los automovilistas que circulaban por la carretera a unos mil metros de distancia.

Bajé del coche. Ya había perdido el revólver y la bomba. Allí, me dije, acababan mis aventuras.

Closserman me aguardaba en el salón de la casa. Rye, el canijo, estaba a su lado. Disfrutaba pensando en el momento de apretar el gatillo hacía mi cuerpo.

—Esto se acaba, Groff —dijo Closserman.

Me lamí los labios. No lo pude evitar; se me habían secado.

—Cosas de la vida —dije, tratando de aparentar indiferencia.

—Lo tenemos ya todo preparado —manifestó el forajido—. Abajo disponemos de mi hermoso sótano, en el que hemos cavado una linda fosa. El cemento está también preparado. Nadie sabrá jamás que su cuerpo yace aquí, debajo de nosotros.

—Lo siento. Me gustaría que alguien viniese de cuando en cuando a rezar y a poner flores en mi sepultura.

—Afuera hay un hermoso jardín —sonrió Closserman—. Es todo lo que podemos hacer.

Calló un instante. Luego dijo:

—Usted nos ha proporcionado muchos dolores de cabeza, Sim. Eso se ha acabado ya. Me ha costado mucho, pero al fin hemos localizado su dirección. Tiene allí escondida a la chica y luego iremos a buscarla. Ella nos dirá dónde está el dinero.

—Puesto que voy a morir y se supone que los moribundos no mienten, le diré una cosa, «Doc»: Angelika Rheinen no sabe dónde está el dinero.

—Deje eso de nuestra cuenta, Groff. Por cierto, he leído alguna de sus novelas de anticipación. Me gustaron, francamente.

—Me siento muy halagado. ¿Quiere un autógrafo?

—Declino el honor. Podría comprometerme más adelante —respondió Closserman—. Lo único que siento es que no podré leer más obras tuyas, pero hay otros autores.

—Claro, hay otros autores.

Closserman hizo un gesto.

—Handy, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo—. Jack, tú le acompañarás.

—Bien, jefe.

El canijo me clavó la pistola en los riñones.

—Andando —dijo—. Ahora me voy a cobrar de todo lo que me has hecho.

Le miré con desprecio.

—No hablarías así si no tuvieses un arma en la mano, enano —

contesté.

—¡Camina! —Gruñó, ardiendo en deseos de apretar el gatillo.

Jack el «Tiras» nos precedió hasta que alcanzamos la puerta del sótano. La abrió y empezó a descender por una escalera de peldaños de cemento.

Yo me detuve un momento, contemplando el pasadizo que conducía al subterráneo. Allí iba a acabar mi vida.

El clásico pero efectivo procedimiento del tiro en la nuca. ¿Se sentiría algún dolor en el momento de recibir el balazo mortal?

De repente, cuando todavía estábamos en la puerta, llegó alguien a la casa.

—Hola, jefe —dijo Danny Auckland—. Traigo noticias.

CAPÍTULO XIII

Me detuve un momento. El instinto me hacía desear conocer aquellas noticias.

—La bomba es de «pega», jefe —declaró Auckland—. Yo lo sospeché cuando me enteré de lo de la pistola de agua...

La pistola del canijo me empujó despiadadamente hacia la escalera.

—Abajo —gruñó Rye—. Eso ya no te interesa a ti.

Descendí dos peldaños. Auckland seguía hablando:

—Busqué en las tiendas de artículos de broma, ya sabe: narices postizas, dentaduras de monstruos, cartas trucadas, pistolas de agua... y bombas de mano que no contienen sino fuegos artificiales en su interior. Compré una y la probé. Es muy bonito...

Bajamos cuatro o cinco peldaños más. El «Tiras» nos aguardaba ya en la entrada del sótano.

Las voces del salón continuaban llegando hasta nosotros con bastante claridad, aunque debilitadas por la distancia. No obstante, el túnel inclinado hacia el efecto de caja de resonancia y conducía muy bien los sonidos.

Bajé cuatro peldaños más. Ya sólo me quedaban cinco o seis para alcanzar el suelo del sótano, que aparecía brillantemente iluminado.

—Yo lo sospeché —continuó Auckland—, cuando me contaron lo de la pistola de agua. Si esta pistola había sido una broma, ¿por qué no iba a serlo también lo de la bomba? Busqué y...

Closserman dijo:

—Pues está magníficamente imitada. ¡Parece de verdad!

—Eso es lo bueno, jefe, que parece auténtica. Pero se tira de la anilla y...

Ya estábamos en el suelo del subterráneo. De repente, llegó hasta nosotros un chillido agudísimo.

—¡La bomba es auténtica!

Me quedé helado de pavor. ¿Cómo era posible...?

¡Boooooommmmm...!

El estampido pareció ir a derrumbar la casa. La onda explosiva llegó hasta nosotros, aunque considerablemente atenuada.

Vi la cara de Jack a pocos pasos de la mía, lívido de espanto. Entonces, jugándome el todo por el todo, giré en redondo y me abalancé sobre el canijo.

La pistola explotó en mi costado, chamuscándome el traje. Le golpeé en un lado de la cara y Rye rodó por el suelo.

—Jack, échame una mano —aulló.

El «Tiras» empezó a reaccionar. Sacó su pistola, pero yo levanté el pie y la hice saltar por los aires.

El arma cayó al suelo. Los dos nos precipitamos hacia ella, pero yo fui más rápido.

Jack se me echó encima apenas había agarrado el arma. Lo rechacé de un fenomenal empujón, lanzándolo sobre el canijo, justo en el momento en que éste apretaba el gatillo.

Jack lanzó un chillido horroroso y se convulsionó al sentir en su cuerpo la mordedura del plomo. El canijo blasfemó obscenamente.

Me apuntó con el arma. No obstante, ya había perdido la iniciativa.

Yo no soy un buen tirador. Por eso quise suplir la calidad con la cantidad. Compensé la falta de puntería con abundancia de proyectiles. Defendía mi vida, diablos.

Rye dio una vuelta en redondo y se desplomó de cara sobre los escalones. Pataleó un poco antes de morir.

Inmediatamente, me lancé por la escalera hacia arriba. Al llegar al salón, me encontré con un espectáculo impresionante.

Renuncio a describir el estado en que quedaron aquellos tres cuerpos después de la explosión. Luego, cuando reaccioné un poco, sentí que los pelos se me ponían de punta.

Durante días y días yo había llevado una bomba de mano auténtica en el bolsillo. ¿Qué habría pasado sí...?

Era mejor no pensar en ello. Mareado, con el estómago revuelto a causa del atroz espectáculo que acababa de presenciar, abandoné la casa y corrí en busca de un automóvil.

Angelika me acogió con un histérico chillido de alegría.

—¡Sim! ¡Por fin ha vuelto! Me he vuelto loca tratando de localizarle, pero no le encontraba por ninguna parte...

—Necesito una copa —dije con voz espesa—. Pronto, por favor —pedí ansiosamente.

Angelika corrió hacia el aparador de los licores.

—Sim, ¿dónde tiene la bomba? Deshágase inmediatamente de ella. ¡Es una granada de mano auténtica!

—Lo sé —contesté, derrumbándome sobre un diván—. Y ha explotado.

Ella me contempló con ojos de pasmo.

—¿Es... cierto, Sim? —preguntó con voz titubeante.

—¡Cuidado! Se le va a salir el licor del vaso —advertí, viendo que Angelika, distraída, seguía con la botella inclinada.

—¡Oh! —exclamó, poniéndose colorada—. Demasiado *whisky*, Sim. Espere, le pondré otro.

Segundos después, me entregaba el vaso. Un par de buenos tragos me recomfortaron notablemente.

—Primero y principal —dije al cabo—. ¿Cómo sabe usted que la bomba era auténtica?

—Llamó el dueño de la tienda. Estaba alarmadísimo, Sim. Dijo que su chico, el que está con permiso militar, se había traído una bomba de mano para hacer un adorno...

Me pegué una palmada en la frente.

—Los hay irresponsables —mascullé—. Tiene bombas de mano falsas a docenas en su tienda, idénticas a las de verdad... y ha de traerse una del cuartel...

—Bueno, los muchachos de hoy día son así. Les gusta la autenticidad, Sim.

—Ya lo estoy viendo —dije de mal humor—. ¿Qué más, Angelika?

—Está explicado enseguida, Sim. El chico dejó la bomba no recuerda dónde y sin duda se confundió con las que venden en la tienda. Usted se la llevó.

Apuré el resto del licor.

—Pensar que he estado circulando por ahí con una bomba de verdad —me lamenté—. ¿Qué habría pasado si se me ocurre tirar de la anilla para hacer fuegos artificiales?

—Por lo visto, alguien dio ese tirón, ¿no?

—En efecto, Angelika.

—¿Quién fue, Sim?

—Uno de los esbirros de Closserman. Este y otro más murieron destrozados por la explosión.

—¿Dónde estaba usted?

—En un sótano, con una pistola en la nuca y la fosa abierta a mis pies.

Angelika se estremeció. Sus hermosos ojos me contemplaron llenos de horror.

—¿Es cierto eso? —musitó.

—Sí, y además también es verdad que he matado a un hombre. Pero no me quedaba otro remedio, si quería defender mi vida, Angelika.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Imagino que tomó la única decisión favorable a usted en aquellos momentos —dijo sensatamente—. Cuénteme todo lo que ocurrió, Sim.

Estuve hablando durante unos minutos. Al terminar, ella me preguntó:

—¿Dónde le capturaron los esbirros de Closserman, Sim?

—En la puerta de la casa del asesino, Angelika.

Ella mostró su asombro claramente.

—¿Lo ha descubierto ya, Sim?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Dígame su nombre, pronto —pidió ella apremiantemente.

—Es su abogado, Bruttin Mengter —declaré.

CAPÍTULO XIV

Hubo una corta pausa de silencio. De pronto, Angelika exclamó:

—Ahora soy yo la que necesita un trago, Sim.

Le entregué mi vaso.

—Póngame otra dosis, por favor —supliqué.

Bebimos un par de sorbos. Luego, Angelika se sentó frente a mí, con las rodillas muy juntas y los codos encima.

—Hable, Sim —pidió.

—Le he visto los pies. Son enormes, Angelika.

—¿Y sólo por los pies le considera culpable?

—He tenido tiempo de pensar. Hay algunos detalles más que le acusan, pero no constituyen una evidencia irrefutable. Antes de acusarle formalmente, debería hacer algunas indagaciones.

—¿Y después?

—Le atraeríamos a una trampa.

—¿Qué clase de trampa, Sim?

Reflexioné un momento.

—Podríamos decirle que encontramos el dinero —contesté al cabo.

—¡Pero eso no es cierto! ¡Ni siquiera sabemos dónde está!

—Bueno, se trata de una trampa, no de decirle la verdad.

—¿Y si no cae?

—Si Mengter es, como presumo, el hombre que mató a Ecknor, a Jenkins y al espía, acudirá cuando le digamos que tenemos el dinero. Él lo ha hecho todo por conseguir ese botín, téngalo en cuenta.

Angelika se mostraba todavía muy escéptica.

—No le impediré que lleve a cabo sus propósitos, pero habrá de permitirme que le diga que no los creo muy viables —manifestó.

—Al menos, debemos intentar algo para solucionar de una vez este conflicto. Había dos bandos en pugna por conseguir el botín.

Uno de esos bandos ha quedado eliminado. Otro, sin embargo, continúa en pie... y seguirá acosándonos mientras no lo derrotemos definitivamente.

—En eso sí tiene razón, Sim. ¿Qué va a hacer ahora? Terminé la segunda dosis de licor y me puse en pie.

—Voy a llamar a mi amigo el detective. Quiero que averigüe una cosa —respondí.

Levanté el teléfono y marqué el número de mi amigo. No tardé en tomar contacto con él.

—¿Johnny? Soy Groff. Escucha, quiero que te enteres de una cosa. Es algo urgente, ¿comprendes?

—Bueno, desembucha, Sim. ¿De qué se trata?

—Hace pocos días, nos perseguía un coche de color gris oscuro. Chocó en una travesía con un camión pesado. El golpe no debió de ser demasiado fuerte, aunque sí lo suficiente para que los dos prójimos tuvieran que recibir asistencia médica y tal vez acabar en el hospital. ¿Me has entendido, Johnny?

—Por supuesto, Sim. Dame todos los datos posibles; eso facilitará mi trabajo.

—O.K., Johnny.

Hablé durante algunos minutos. Luego dejé el teléfono en su sitio.

—Ya está —dije—. Es casi lo único que nos falta por saber.

—¿Cree que conseguirá algo, Sim?

—Espero que Johnny sea lo suficientemente hábil como para arrancar a esos tipos el nombre de la persona que les pagó por vigilarnos.

—¿Qué nombre daría usted? —preguntó Angelika.

—El mismo que di antes: Bruttin Mengter —respondí sin vacilar un segundo.

Furiosa, Angelika pegó una patada en el suelo y exclamó:

—Sim, ¿puedo decir algo para desahogarme?

—Desde luego, Angelika. No me asustan las frases fuertes —contesté, sonriendo.

—Está bien. Lo que tengo que decir es: ¡Arpa maldita!

Me eché a reír.

—¿Todavía no ha conseguido afinarla?

—No del modo que a mí me agradaría, Sim. Puede pasar, pero

sólo como para hacer ejercicios de digitación; nunca podría dar un concierto con ella, en sus condiciones actuales.

—Lástima. Es el arpa de la abuelita y... ¿Pero no dijo usted que la madera acabaría por secarse y sonaría bien?

—Sí, aunque por lo visto debe de pasar más tiempo antes de que recobre su sonoridad habitual. Francamente, no sé qué hacer. Si al menos viviese el viejo Bentley...

—Ya no es de este mundo —dije sentenciosamente, a la vez que alargaba la mano hacia una partitura—. Tome, interprete esta pieza. Eso le tranquilizará.

—Acabaré dando patadas al arpa —sonrió ella.

Puso la partitura sobre el atril y dejó recorrer los dedos por las cuerdas, ejecutando algunos arpeggios. Luego atacó la pieza.

Confieso que soy un profano en música. Para mí, el arpa sonaba estupendamente, manejada por aquellas manos de hada... que tan espléndidas bofetadas sabían propinar cuando su dueña se enfadaba.

Era una música muy bonita. Me acerqué al licorero y puse un poco de *whisky* en mi vaso. Entonces fue cuando se oyó el gañido.

Pareció el maullido de un gato en una casa con fantasmas. Fue un sonido estremecedor, que me llenó de frío la espalda.

Angelika lanzó un agudo chillido...

—¡Aaaayyyy...!

Y se apartó del arpa, como si temiera que el instrumento fuese a morderla.

El gañido se reprodujo. Ahora me di cuenta de que era debido a unos goznes faltos de grasa.

Todo un lado de la caja de resonancia, cerca de la base de apoyo, giró a un lado, dejando a la vista el hueco interior. Angelika y yo contemplamos el espectáculo con ojos de pasmo.

—¡El dinero! —exclamamos ambos al unísono.

Metí las manos en la caja de resonancia. Había seis fajos de billetes de mil dólares, a cien billetes cada fajo.

—Cielos —murmuró Angelika, aturdida.

Los billetes conservaban todavía la faja con el precinto del Banco. Resultaba increíble... pero allí estaba el botín.

—No entiendo —dijo Angelika—. ¿Cómo...?

Aparté a un lado los billetes y cerré la tapa de la caja de

resonancia.

—Siéntate —ordené.

Angelika obedeció en el acto.

—Empiece de nuevo el Concierto de Vivaldi.

Las notas musicales sonaron de nuevo. Treinta segundos más tarde, la tapa volvió a girar con su estremecedor gañido.

—Basta, es suficiente —corté. Miré a la chica fijamente—. Angelika, no hay clave ni mensaje algunos. La clave estriba en la partitura y sólo interpretando ese Concierto de Vivaldi se levanta la tapa de la caja de resonancia. ¿Qué mejor sitio para esconder seiscientos mil dólares?

Ella asintió. Todavía no se había recobrado de su asombro.

—Lo hizo Bentley —murmuró.

—No cabe la menor duda. Era un tipo muy hábil. Seguramente, preparó un mecanismo de apertura electrónico, que sólo podía funcionar mediante el influjo de determinadas notas musicales... lo que significa un determinado número de vibraciones sonoras. Ya hay lugares donde se han instalado puertas que sólo se abren pronunciando una palabra convenida, naturalmente, sólo conocida de muy pocas personas. Bentley debió de basarse en ese principio... e instaló el mecanismo, con toda seguridad, de acuerdo con tío Oscar.

Angelika contempló los billetes.

—Pero ese dinero, es decir, los billetes de mil deben de ser de muy difícil salida cuando tienen una procedencia ilegal.

—Es cierto, aunque también hay tipos que los compran con un fuerte descuento —observé—. Aunque Bentley hubiera admitido un descuento del cincuenta por ciento, siempre le habrían quedado trescientos mil dólares.

—Ya no podrá disfrutar de ese dinero —murmuró ella, moviendo la cabeza—. Sim, lo devolveremos, ¿no es cierto?

—Desde luego, aunque exigiremos la recompensa que nos pertenece según la ley...

El teléfono sonó en aquel momento.

—Dispénseme, Angelika.

Era mi amigo Johnny Jones.

—Escucha, Sim; los dos tipos del choque fueron a parar al hospital, aunque saldrán dentro de pocos días. Resulta que son

conocidos míos; trabajan en otra agencia de informes. Uno de sus compañeros resultó asesinado hace pocos días. Recibió un balazo cuando estaba vigilando a una persona, según le habían encargado.

—¿Hablaron, Johnny?

—Se franquearon conmigo, Sim.

Yo hervía de impaciencia.

—Pero, bueno, ¿es que no vas a decirme el nombre de la persona que pagó a esos detectives?

—Claro, Sim. Es un abogado de esta ciudad.

—Y se llama Bruttin Mengter —dije yo.

—Justamente, Sim —corroboró mi amigo.

CAPÍTULO XV

Fijé la vista en Angelika. Estaba muy pálida.

—¿Tiene miedo? —pregunté.

—No, pero... ¿saldrá bien?

Consulté mi reloj.

—Ya faltan pocos minutos —dije—. Mengter no puede tardar mucho en llegar. Ande, siéntese y toque el arpa. ¿Le parece que suena bien ahora, después de que la caja de resonancia ha recobrado su acústica normal?

—De todas formas, tendrá que revisarla un experto —contestó Angelika, sentándose ante el instrumento.

Yo encendí un cigarrillo. Estaba terminándolo cuando sonó el timbre de la puerta.

Aplasté la colilla contra el cenicero y me dirigí a abrir. La elevada silueta del abogado se recortó en el acto bajo el dintel.

—¿Qué tal, señor Groff? —saludó Mengter—. Me dijo mi secretaria que tenía algo importante que comunicarme... Ah, estoy viendo desde aquí a la señorita Rheinen. ¿Cómo está, señorita Angelika?

—Hola —contestó ella, suspendiendo momentáneamente su concierto.

Cerré la puerta.

—¿Una copa, abogado? —sugerí.

—No, gracias —denegó Mengter—. ¿De qué se trata? —preguntó a continuación.

Yo me serví la copa. Con ella en la mano, me acerqué a una mesita sobre la que se veía un bulto cubierto por un paño.

—Hemos encontrado el dinero —declaré, a la vez que dejaba al descubierto los seis «ladrillos» compuestos cada uno por cien billetes de a mil.

Los ojos de Mengter fulguraron extrañamente.

—Un hallazgo sorprendente —comentó—. ¿Dónde estaba?

—En la caja de resonancia del arpa —respondí.

—¿Cómo lo adivinaron?

Hice un gesto con la mano.

—Angelika, hazle una demostración al señor Mengter —pedí.

La muchacha atacó una vez más el Concierto de Vivaldi. A los pocos segundos, la tapa se levantó por sí sola, aunque ahora sin chirridos de goznes faltos de grasa.

—Un buen truco, evidentemente —elogió Mengter, admirado—. ¿Van a devolver el dinero?

—Por supuesto —contesté—. Nosotros haremos todo lo contrario de lo que usted pensaba hacer.

Mengter entrecerró los ojos.

—No comprendo —dijo.

—Se lo diré claramente, Mengter. Usted ambicionó ese dinero desde que salió del Banco. Lo que sucede es que Bentley no quiso confiar nunca en usted. Sólo confiaba en una persona y ya está muerta. Me refiero, claro está, a Oscar Dennen.

—Está acusándome de algo que no ha pasado jamás por mi mente —respondió el abogado con claros síntomas de enojo.

—Voy a demostrarle que estoy diciendo la verdad —manifesté sin inmutarme—. Cuando Angelika volvió de Europa, usted receló que tío Oscar le hubiese dejado algún mensaje indicándole dónde estaba el dinero, cosa que suponía debía saber, dada su amistad con Bentley.

»Pero también intervino Closserman, hermano de uno de los atracadores. Closserman y usted actuaban por separado, siguiendo caminos distintos, aunque con un mismo fin: seiscientos mil dólares.

»Closserman y los suyos están fuera de combate ahora. Hablemos de usted... y de la muerte de Ecknor, el otro amigo de Dennen y Bentley, quién era propietario de una de las partituras, cuya interpretación sirve para abrir la caja de resonancia del arpa. Usted no le concedió importancia a la partitura; lo que quería era obligar a Ecknor a que hablase... pero el pobre viejo debía ignorar lo que a usted le interesaba. Seguramente, sólo tenía instrucciones de entregar la partitura a Angelika. Exasperado o tal vez para evitar ser delatado, lo asesinó.

»Con Jenkins, el antiguo criado, hizo lo mismo. También Jenkins

tenía en su casa otra copia de la partitura, escrita por Bentley. El pobre Jenkins corrió la misma suerte que Ecknor.

»Usted, sin embargo, no desistía e hizo que una agencia de detectives se encargase de vigilar nuestros pasos. Dos de los investigadores están en el hospital; al tercero lo asesinó usted de un balazo en medio de la frente.

»Yo lo descubrí espiándonos desde la terraza de la casa frontera. Fui allí, hablé con él y estaba a punto de conseguir que me dijera para quién actuaba, cuando llegó usted, sin duda para recabar informes que no debía de querer pedir telefónicamente, y me vio acosando al investigador. Usted no lo dudó más; quería conservar el incógnito y le metió un balazo en el cráneo.

—Una historia absurda —exclamó Mengter.

—¿Absurda? ¿Qué me dice de las huellas de sus pies en el polvo de la casa de tío Oscar? ¿Y de su caída en el dormitorio de la abuela cuando intentó escapar precipitadamente al darse cuenta de que había gente abajo? Éramos nosotros, Angelika y yo, y usted corrió hacia la puerta secreta. Pero hay más, señor Mengter. ¿Por qué, después de dos años de no cuidarse de la casa, encargó a una mujer que hiciese limpieza general, sobre todo en los suelos? Temía que sus huellas, las huellas de esos pies descomunales, acabaran delatándole, ¿no es cierto? Esa mujer declarará quién le ordenó hacer la limpieza de la casa... y se compararán las balas halladas en los cuerpos de Jenkins y del investigador con las de la pistola que lleva usted ahora bajo la chaqueta. Eso bastará para condenarle, Mengter.

El rostro del abogado se contorsionó de ira.

—Está bien —dijo—. Ustedes no lo verán, en todo caso... y, además, me llevaré el dinero.

—¿Piensa largarse del país, después de matarnos?

—Tal vez no sea necesario. —La pistola con silenciador apareció de pronto en su mano—. Lo que sí es seguro es que no repetirán a nadie lo que saben.

Vi en sus ojos el deseo de matar. Súbitamente, Angelika lanzó el arpa hacia adelante.

El pesado instrumento giró en un plano vertical y cayó de lleno sobre uno de sus enormes pies, arrancándole un tremendo aullido. Luego, el arpa se inclinó y cayó de lado.

Mengter soltó la pistola y empezó a dar saltos por la habitación. Pero olvidó su dolor cuando tres o cuatro hombres, dos de ellos con uniforme surgieron de la habitación inmediata.

Loco de rabia, el abogado quiso abalanzarse sobre la pistola. Era ya tarde.

De todas formas, a los policías les costó bastante reducir al asesino. Mengter no era un alfeñique, precisamente.

En cierto modo, resultó hasta divertido. La única que no se divirtió fue Angelika. Cinco pares de pies, con el forcejeo, redujeron el arpa de la abuela poco menos a que a polvo. Gimieron las cuerdas y crujió la madera de la caja de resonancia. Al fin, dos esposas se cerraron sobre las muñecas del asesino.

Mengter se derrumbó moralmente cuando vio que no podía resistir. Sin pronunciar palabra, abrumado, se dejó llevar por los policías.

El oficial que los mandaba se encaró conmigo.

—Una buena labor, señor Groff —me dijo—. De todas formas, no hemos acabado todavía con usted. Tendrá que firmar una declaración...

—Firmaré todo lo que me pidan, teniente —contesté, satisfecho.

El policía se llevó el dinero. Angelika y yo quedamos solos.

Entonces me di cuenta de que estaba llorando a lágrima viva.

—¡El arpa de la abuelita! —sollozó.

Había quedado inservible, por supuesto. Para consolarla, la abracé estrechamente. Ella pareció sentirse muy bien con la cabeza apoyada en mi pecho.

Y ni siquiera protestó cuando la besé. Esto le hizo olvidar en buena parte la pérdida del arpa.

La compañía de seguros se portó muy bien con Angelika: le regaló un arpa completamente nueva.

Mi amigo, el crítico musical, no se perdió esta vez el concierto. Yo asistí entre bastidores. Angelika alcanzó un éxito memorable.

Nos costó mucho quedarnos solos. Los ojos de Angelika brillaban de alegría.

—Me han ofrecido un contrato sensacional, Sim. Treinta conciertos en las principales ciudades del país. Luego formaré parte de la Sinfónica de...

Se calló cuando vio mi cara.

—¿Qué te pasa, Sim? ¿No te alegra mi éxito?

—Claro que sí —respondí—. Te felicito muy sinceramente. Al fin has conseguido eso por lo que tanto luchaste. Felicidades, Angelika.

Ella cogió una de mis manos.

—Si tú quieres, lo rechazo —dijo resueltamente.

—Es tu porvenir —alegué yo.

—Mi porvenir está a tu lado, Sim.

—Un día podrías arrepentirte, Angelika. Sigue tu camino.

Me desasí de ella y di media vuelta, dirigiéndome hacia la puerta de salida.

—¡Espera!

Ella corrió hacia mí y se colgó de mi cuello.

—Escucha, todo se podría compaginar, ¿no crees? —dijo—. Podemos casarnos... Los treinta conciertos durarán unos tres meses, aproximadamente... Sería un hermoso viaje de bodas por el país... y tú podrías llevarte tu máquina de escribir. A fin de cuentas, ocupa muy poco espacio. Luego, cuando forme parte de la Sinfónica, viviré fija en un mismo sitio... Sim, no me digas que no —suplicó ardientemente.

Me volví hacia ella y la abracé.

—La verdad —dije, suspirando—, no podría vivir sin la chica de las manos de hada.

—Que pega unas bofetadas descomunales —rió ella jubilosamente.

—Lo cual tendré en cuenta para el futuro —contesté yo.

—Sobre todo, si algún día sientes la tentación de engañarme.

—No habrá engaños jamás —prometí, inclinándome para besarla.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

